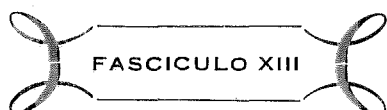


HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS



La Huerta de la Fuente



L

A Fuente, el pozo de las escalerillas y el pino esbelto, son, entre otros de menor nombradía, los tres motivos de singularidad que tiene esta huerta famosa.

Cuando los pozos resultaron insuficientes para abastecer la Villa, siguiendo la corriente del de Vallejo, que era el mejor, se aprovechó el agua de esta huerta para llevarla al rincón del Paseo y desde allí a la fuente de la Plaza. Se hizo el pozo de las escalerillas para surtir al pueblo y otro, que todavía tiene mejor agua, para regar la tierra de la huerta y criar las hortalizas más sabrosas de toda la comarca.

Durante muchos años—35 ó 40—cuidó del pozo el tío Juan, competente hortelano de Herencia, que se casó aquí con la Antonia la Bolera. Le daba el Municipio, que era el dueño, doce duros al mes y él ponía el trabajo y los borricos. Su cumplimiento fué tan exacto que nadie tuvo que aguantarse la sed.

Aquellos parajes han gozado de frescor desde que les dieron sombra las cocheras de la Estación y atraían a la gente de los colmados o de fuera de ellos que buscaba resguardo. Cuantos acudían sofocados volvían sosegados, como los agüistas de la fuente del Santo Patrono de Madrid, que, al beber, «si calentura trajeres sin calentura volvieres». Y todavía murmuraban, después. ¡Qué ingratitud! ¡Y qué pobre condición, la humana!



Iniciativa privada

NADIE duda en Alcázar de cuales son sus problemas fundamentales. Ningún alcazareño que haya salido de su casa falto de preparación y de auxilio para hacerle frente a la vida, o los que sin salir hayan tenido que soportar la tutela de extraños, más vanidosos que técnicos, dejarán de reconocer que entre los problemas fundamentales de Alcázar, el primordial y el único que puede colocarle a envidiable altura, con plena seguridad, es la enseñanza.

El poder formar y orientar un par de centenares de chicos de varias generaciones seguidas, con maestros de vocación, bien pagados y atendidos, supondría una inversión de capital de rendimientos incalculables y para Alcázar una transformación mucho más trascendente que la que tuvo con el tren.

Despertar la vocación de los chicos y llevarlos, bien preparados, hacia las actividades más apropiadas a las condiciones de cada uno, es el problema fundamental, el verdadero fondo del problema social, pues de poco servirá cualquier reparto si lo repartido se destroza o se deja de perder.

El amor al arte, el amor al oficio, el amor a la obra de uno, que se quiere como la vida misma, porque es su vida, es lo que hace feliz al hombre y lo acerca a Dios.

¡Dichoso el trabajador para el que la mejor recompensa es su trabajo, aunque en otro sentido viva de él, porque cada sacerdote ha de vivir del altar en que ora, pero sin dejar de soñar en su obra, de creer en sí mismo, que es tener fé en Dios, en la eternidad de su alma.

La mente alcazareña, un poco fantástica, afortunadamente, se prestaría mucho a esta remoción profunda y vocacional que llevara a nuestros sucesores a una producción cualificada en todos los aspectos de la vida.

Es una idea que se brinda, sin escurrir el hombro, a esa comisión de iniciativas que funciona en todas partes, sin que la nombre nadie, formada por las personas que desearían hacer algo por mejorar la vida de su pueblo.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Mayo Del año 1963	PUBLICACIONES DE LA FUNDACION MAZUECOS DE ALCAZAR DE SAN JUAN	FASCICULO DECIMOTERCERO
-----------------------------	--	----------------------------

Biblioteca Pública Municipal
"CERVANTES"

N

NOBLEZA OBLIGA

O es posible empezar otro libro, sin dedicar las primeras líneas a agradecer el acuerdo municipal de conceder la medalla de la Ciudad a esta obra. No podría seguir ni pensar en nada, sin desembarazar mi ánimo previamente de la sobrecarga de satisfacción y de gratitud que este hecho ha motivado en mí, aumentado hasta la exageración porque en él han tomado pie muchos amigos, de dentro y de fuera, para testimoniarme su aprecio y porque esa gran masa alcazareña que nunca figura en nada, pero que decide y alienta, ha hecho llegar hasta mí su simpatía y apoyo, manifiestos en la sonrisa de los semblantes y en las miradas de entendimiento que se cambian al cruzar.

— Por ahí iba «Faco», — le dice «Pistaño» a «Raicillas», — ¿Le has dicho algo?

— Sí, le he hecho así y «coroque m'ha entendío».

Muchas gracias a todos y sigamos andando, que el camino es largo y se avecina la noche.

* * *



D. ENRIQUE MANZANEQUE
A LOS 82 AÑOS

Alcazareño de pro

Lo fué, como pocos, D. Enrique Manzanegue Tapia, el mayor de los Manzanegues que se han conocido y padre de Enrique, el boticario y de Paco, el veterinario, que viven por fortuna.

Su padre, Gumersindo Manzanegue Flores, apellidos bien campesinos,—nuestro Ulpiano también era Flores y campesino,—tuvo a su cargo el servicio de Correos de Alcázar y muy verosimilmente como la única persona encargada del manejo de las cartas, porque no haría falta más. Muchos años después, en la época a que se refiere la fotografía que va en otro lugar de este fascículo con la brillante plantilla del personal de la estafeta y con el tren en pleno auge, decía Juan el Carmelo que todas las cartas que venían eran para Eugenio Santos, de forma que ¿quién recibiría cartas antes, cuando casi nadie sabía leer ni escribir, ni tenía necesidad de la correspondencia?. Una sola persona podría llevar cómodamente el servicio, aunque Gumersindo tuviera a su alrededor a Ezequiel Ortega de muchacho, Juan Cortés, el de las Carteras y Juan Serrano. Gumersindo había sido sastre en Criptana y se casó aquí con Isabel María Tapia Vela, hermana del filósofo D. Tomás Tapia, familia de comerciantes, todos los Tapias, que procedían del Tomelloso.

El padre de los Manzanegues era listo y con chispa, pero la Isabel María tenía

más. Vivió hasta última hora con su Manuel, (el médico, que no se casó). Vestía a la antigua y no salía nunca de su casa, no conocía ni el pueblo; una noche al año iba a casa de Enrique, por la Pascua, a eso de las nueve, a llevarles un capón, de los que le regalaban a Manuel. Estaba un rato y se volvía porque era muy tarde y las calles estaban oscuras. La preocupación de su vida era Manuel, las camisas bien planchadas, las comidas en los pucheros «de cobertera», que hacen mejor caldo en la lumbre de palos, etcétera.

Cuando estuvo en Alcázar Salmerón, fué a verla porque conocía su inteligencia por referencias de su hermano Tomás.

D. Enrique fué el mayor de los tres hijos y al morir el padre y dejar la casa con pocos recursos, él fué quien se puso al frente y procuró lo necesario para que sus hermanos, sobre todo Manuel, el médico, terminaran sus carreras. D. Enrique estuvo de escribiente en la Notaría de D. Luis Arias, al que llamaban Luisón por su gran corpulencia, suegro de D. Alvaro González Mena, fué uno de nuestros primeros hombres de papeles que entrando en las escribanías de chicos fueron progresando a fuerza de aplicación y virtud y quedaron envueltos en los folios para toda su vida; de entonces y de después hay muchos casos bien conocidos y meritorios.

El año 1874, el 29 de Junio, lo nombraron oficial de la Secretaría del Ayuntamiento, con 1.250 pesetas de sueldo anual, siendo alcalde el prestigioso Don Felipe Checa, tío de la mujer de D. Enrique.

El 7 de Marzo de 1880, lo nombraron secretario interino, con 2.000 pesetas, siendo alcalde D. Joaquín Alvarez y al año siguiente, 1881, le dieron el nombramiento de secretario efectivo, con el mismo sueldo de 2.000 pesetas, siendo alcalde D. Juan Castellanos.

Lo conocí, como conocen los chicos a los hombres del pueblo, de verlos por

la calle y de oír a unos y a otros. Yo ví a D. Enrique un poco más por la circunstancia de ser su casa, en la calle de la Feria, la puerta más arriba de la escuela de D. Cesáreo, a la que fuí. Ya era viejo, más bien consumido que delgado, de buen color y mediana estatura, el más bajo de los tres hermanos, inseguro de piernas, por lo que andaba entreabierto y vacilante, apoyado en negro y firme bastón de puño acodado en ángulo recto. La disconformidad con estas heleras se reflejaba en su semblante, haciendo más perceptible el genio vivo y enérgico, de aire familiar.

El antiguo secretario de nuestro Ayuntamiento, es, de nuestros antecesores inmediatos, el alcazareño que más atentamente observó la vida de su pueblo, reseñando y coleccionando los datos que pudo procurarse y aunque no dejara de aludir, pero solo aludir, al resumen histórico que a partir de Madoz se va repitiendo por todos sin la menor aportación y deformándolo de uno u otro modo, él buscó en el archivo del Ayuntamiento, en el de Santa María, en el de Santa Quiteria, en el del Casino, en la biblioteca de D. Joaquín, en las historias generales u obras a su alcance,—Lafuente, Hervás, Montaner,—y publicaciones provinciales, pero, sobre todo, vivió la vida del lugar sintiéndola y llevado de su espíritu liberal, con toda objetividad y buen criterio, hizo unos apuntes, singularizando instituciones y acontecimientos locales, de incalculable valor para el estudio de nuestro vivir y su proyección en el futuro.

Escribió los apuntes ya jubilado, el año 1905, cuando se celebró el centenario del **Quijote** y seguramente estimulado por los actos en que tanto destacó el espíritu caballeresco del pintor alcazareño Antonio Murat, también maltrecho y dolorido siempre.

D. Enrique, que había nacido el 1846, el 15 de Junio, y vivió después hasta el 28 de Febrero de 1928, siendo ya sexagenario el año cinco—y el serlo tenía tan reconocida importancia de senectud que hasta servía para librar a los hijos de la quinta,—se quedó contemplando la vida de su pueblo y puntualizó lo que había sido en los tiempos que él alcanzó y lo que podría llegar a ser su villa natal. ¡Con qué claridad se ve el estado espiritual de D. Enrique en esa meditación!

Y qué testimonio tan sugestivo nos da del sentir alcazareño, imaginativo en tan alto grado como tullido de sus remos. ¡Oh, la Era Alta! Qué lástima que no se haya conservado como símbolo de nuestro modo de ser. Hasta ella llegaban poco a poco los señores y sentados en la paireta o al abrigo del cuartillo, rehicieron el pueblo miles de veces durante los siglos que estuvieron yendo y viniendo a orearse la mente en las tardes largas del buen tiempo y D. Enrique, como si tuviera la mano de visera sobre el entrecejo, mirando hacia El Pozo de la Nieve, medita en la vida de su pueblo. ¡Cuán remota le va pareciendo aquella época del cólera, del hambre, de la miseria extrema, en la que Alcázar se quedó casi deshabitado, hasta que la terminación de las guerras, la pacificación de los espíritus y, sobre todo, la llegada del ferrocarril y la plantación del viñedo iniciaron el resurgimiento de la economía local, haciéndose bodegas, de las cuales fué ejemplo la del Marqués de Mudela, primero e importante viñatero que abrió sus puertas el año 1867, cuando había en el término de 15 a 20 mil cepas, y empezó a pagar a 75 céntimos la arroba de uvas, con lo que dió tal impulso a las plantaciones que se generalizaron rápidamente.

D. Enrique, asombrado de los progresos de Alcázar, incomprensibles para los que alcanzaron los tiempos primeros del siglo XIX, siente en su mente y en su corazón la embriaguez divina de la ascensión y, a pesar del reglamentarismo y la contención de hombre de papeles, se encandila su imaginación y concluye rotundamente: «que Alcázar está llamado a ser una gran población, que tal vez con el tiempo se ponga a la cabeza de la región manchega, con recursos propios que son los permanentes y valen más que ser una población oficial, porque estas están sujetas a cambios políticos».

No hay alcazareño que no acompañe a D. Enrique en su sentir y que no haya llegado alguna vez a la misma conclusión de a lo que Alcázar está llamado. Lograrlo y poder dar fé de ello sería el mejor tributo que podríamos ofrecer a la memoria de este alcazareño, de cuyos apuntes tanto he hablado y seguiré hablando, por lo ligados que están a la entraña de la vida del lugar.

El cantar del arriero

JESUS
ZARCO
CALCERRADA

EL más acentuado recuerdo que tengo de este alcazareño, es como enfermo ya de la parálisis que terminó con sus días después de tenerlo en la cama cerca de dos años seguidos. Le cogió en el Pretil, lo llevaron a su casa, lo metieron en la cama, por primera y última vez en su vida, sobre los sesenta años de edad y ya no salió más a la calle. ¡Sesenta años! ¡Para entonces, más viejo que Matusalén!

Parecerá una rareza y lo es que Jesús no se acostara en la cama hasta entonces, pero esa rareza no era única ni exclusiva de él; la tenían todos los arrieros que, si bien resultaron influidos en su personalidad y en sus costumbres por los aires de fuera, en el fondo todos fueron apegados acérrimamente a sus maneras y ellas su verdadero cantar o demostración de sus cualidades.

Dentro de ese denominador común, lo acérrimo destacaba más en unos que en otros, sin que pueda decirse que en Alcázar,—pese a su ecuanimidad,—nadie estuviera libre de la testarudez y Jesús, que fué de los de mayor tesón en todos los rasgos de su vida, tuvo, hasta en lo de quedarse mozo, uno de los matices de ese carácter.

Sus padres también fueron trajinantes y tuvo varios hermanos: Francisco, el padre de los corredores esos altos de la blusa azul; la Jesusa, que se casó con Valentín Perra; la Irene, madre de la María Paz, que lo cuidó; Paula, la mujer de Dionisio Beamud; Eusebia, la de Vidal Muñoz; la María, que se casó con Tizonas en el segundo matrimonio de este, y la Francisquilla, la sastra, que se casó con Ruperto Ojos de Rana, el zapatero.

El padre, León, murió en Munera, yendo de viaje. Entre el padre y los dos chicos llevaban catorce borricos siempre cargados y ellos andando detrás. Uno que le decían el «Aldeano» era el guía de la recua. De ida llevaban jabón y de vuelta lo que se podía. Al princi-

pio lo acompañaba la mujer en los viajes. Iban andando a la Vera y traían castañas. Como pasaban tantas fatigas, cuando iban las vecinas a que les diera para probarlas, les decía la Antonia:

«La que quiera castañas
vaya a la Vera.
Que cuesta mucho trabajo
el ir por ellas».

Los antecedentes de Jesús son de los de la más pura arriería, de aquella que



El interés de esta fotografía, aparte de recordarnos a Jesús Zarco, es demostrar la vestimenta de los antiguos arrieros alcazareños, que nadie podría suponer y que se debió a la influencia de las costumbres de la Andalucía Alta, que ellos recorrían de continuo, antes y después del tren. Y así, la Plaza de Alcázar, estuvo llena, muchos años, de sombreros calañeses, chalecos abiertos, ropilla más bien ligera y recortada, fajas andaluzas y tirillas cortas en los camisones: los Olivas, los Quinicas, los Campos, los Fuentes, los Angoras, los Vaqueros, los Escobares, los Zarcos, los Carreños, los Cornetas y otros que, sin salir de aquí, asimilaban sus costumbres, le dieron a nuestra Plaza un aire exótico en su época y, justo es decirlo todo, un tono de formalidad y exactitud en el cumplimiento de las funciones contractuales que, sin necesidad de escrituras, tuvieron siempre aquella fuerza insuperable de la palabra dada, muy por encima de la de cualquier ley escrita, porque el hacerse atrás de lo dicho era motivo de repulsa general y bochorno permanente del faltón, en el que nadie confiaba ya.

venía desde los moriseos que fueron los trajinantes en España durante mucho tiempo, con su *jarra, arrá!* detrás de los borricos, que es de donde les viene el nombre.

La recua de su casa fué numerosa, como se necesitaba, porque «arriero de un jumento, buen plato y mal testamento», decían, por lo escaso del producto del tráfico en pequeño con relación al gasto.

Uno de los viajeros más perspicaces y minuciosos que hayan recorrido España, el inglés Richard Ford, antes del ferrocarril, allá por el año 1830, hizo muy curiosas observaciones a este respecto, después de haber andado muchas leguas y **muy largas** con aquellas caravanas verdaderamente pintorescas.

«El arriero español, dice, es un hombre agradable, inteligente, activo, sufrido; resiste hambre y sed, calor y frío, humedad y polvo; trabaja tanto como su ganado y nunca roba ni le roban. Puntual y honrado, de temple y nervios de acero, típico en el traje. El arriero va a pie junto a sus burros o montado en uno, encima de la carga, con las piernas colgando junto al cuello. Una escopeta vieja, pero que aun sirve, y se carga con postas, va colgando junto a él y con ella, muchas veces una guitarra, pues el tiempo que no está ocupado en fumar o en blasfemar, lo pasa constantemente canturreando una canción monótona por lo común muy melancólicas y poco musicales.

La Mancha—agrega—es el Paraíso de las mulas y de los burros. El borrico es la guía, el hornato de todo el paisaje español, elemento esencial y apropiado de todas las calles y carreteras. Donde quiera que se reúnan dos o tres españoles, en el mercado o concurso, es seguro que entre ellos habrá por lo menos un burro, el sufrido compañero de las clases humildes para quienes el trabajo es la mayor desgracia: la resignación es la virtud común de ambas castas y por la comunidad de sentimientos, amo y animal se quieren entrañablemente, aun cuando por los juramentos y maldiciones que le aplica, un observador superficial puede suponer que el primero tiene cierta vergüenza de confesar en público su predilección, pero Cervantes que conocía tan a fondo la naturaleza humana en general y la española en

particular, insistió mucho en el cariño que Sancho sentía por el rucio y marcó la reciprocidad del animal, tan cariñoso como inteligente. Todo campesino español tiene una verdadera pesadumbre si se causa cualquier daño a su burro, porque suele constituir el único modo de ganarse la vida.

En España, donde los carros pequeños y carretillas son casi desconocidos y el conducirlos es considerado indigno de un hombre, lo que los sustituye, un jumento, es utilizado constantemente. Unas veces va cargado con sacos de trigo, otras con pellejos de vino, con cántaros de agua, con estiércol o con cadáveres de bandidos, echados como sacos sobre el lomo. Estas acémilas van vistosamente adornadas con arreos llenos de colorines y flecos. La cabezada es de estambre de varios colores y en ella van sujetos muchos cascabeles y campanillos; de aquí la frase «mujer de muchas campanillas» que se aplica a las que son aficionadas a lucir mucho, a hacer ruido y tienen pretensiones. Viajar con un arriero cuando el viaje es corto o va una persona sola, es seguro y barato. Estos hombres que están siempre en los caminos, arriba y abajo, son los que pueden proporcionar más lujo de detalles, aparte de que los rincones más pintorescos del país difícilmente pueden visitarse sino a pie o a caballo».

Jesús fué un hombre de una integridad inquebrantable, muy favorecido desde luego por el ambiente alcazareño que se complacía de ello.

Se quedó con toda la herencia de sus padres, por cesión de sus hermanos, pero la conservó íntegra y la acrecentó para devolverla a sus hermanos a su muerte. Como mejora de su herencia compró la tierra y puso la viña de dos fanegas y media en el Camino del Medio y le compró una salida a su casa por el callejón del tío Chirrín, con treinta mil pesetas que le tocaron a la lotería y le permitieron un buen pasar.

Muy madrugador. Le gustaba señalar que era el primero en llegar a la reunión de la Plaza, que formaban Trinidad e Isidoro Paniagua, Bernardo Campo, José Rufao, Francisco Carabina, Justo Angora, Cayetano Fuentes y otros varios.

Jesús solo bebía vino y no fumaba.

Siempre llevaba la bufanda, sombrero ancho y chaqueta de pana.

Era muy reservado y de pocas palabras, ofreciendo contrastes notables en su conducta.

Se daba un gran arte para camelar a las mujeres que iban a la compra y hacer la venta antes que nadie en las plazas a que iba, y cuando se hallaba presente en algún acontecimiento familiar, como entierros, bodas, testamentos, etc. él tomaba a su cargo espontáneamente el hacer todas las diligencias.

Sin embargo, cuando se apercibía, al entrar en su casa, de que había gente ajena, no entraba y se estaba dando vueltas por fuera, hasta que se iban.

Cuando iba al corral,—ya se sabe lo que esto quiere decir,—echaba a todo el mundo y cerraba con el cerrojo.

No comió nunca delante de nadie.

Siempre durmió en el jaraiz, en una tarima de tablas y banquillos, sujetos con cuerdas.

Nunca decía a dónde iba, pero en el rincón del camastro tenía media docena de varas de fresno, todas diferentes; unas con pinchos, otras con nudos, otras de lunares, etc. y siempre llevaba la misma a cada sitio y por la vara que faltaba en el montón, sabía la Jesusa dónde estaba y lo que podría tardar.

No montó nunca en caballería ni en carro. Se pasó la vida andando de senda en senda por los pueblos.

Cuando repartía en Alcázar los garbanzos y las habichuelas, cargaba siempre el borrico con doce arrobas y con la carga completa le daba la vuelta al

pueblo en lugar de hacerlo poco a poco más cómodamente.

Por las tardes solía ir a la taberna de Perra, pero no se sentó jamás en la estufa. Ignacio estaba empeñado en hacerle de gastar pelliza,—él que se pasó la vida con los pantalones de pana, la blusa gris y la boina negra,—pero, claro, no lo consiguió.

Cuando arreglaron El Arenal, tenían los albañiles la cuerda de nivel puesta y al ir a cruzar le advirtieron que tuviera cuidado de no tirarla. Como él consideraba que no cometía ninguna falta, echó una leche y dijo que no pasaría más por allí y así lo hizo, no cruzando más por la Placeta, que era su paso obligado, desde la calle del Santo, donde vivía, en la acera del saliente, para ir a todas partes.

Tenía la infantil puerilidad de creer que los grillos de sus pedazos eran los que cantaban mejor y en las primaveras los traía clasificados en el moquero,—realetes, cojos de nación, etc.,—y se los regalaba a los amigos.

La vida de estos hombres fué una parte notable de la vida alcazareña. ¡Y a ver quién le quitó la bufanda y el sombrero ancho a Isidoro Paniagua o a Lucio Vaquero o la faja a Paco Paniagua y lo que costó hacerlos de gastar pelliza o abrigo a los últimos que murieron. Las gentes decían, sobre todo sus mujeres, que eran raros, por las dificultades que ofrecían para meterlos en la moda y los que como Jesús, tuvieron cabecera solitaria, murieron de su monte, como pasaron la vida.

AMOR CIEGO

AL estanco de la Plaza fué una a por papel con letras, para escribirle a su novio.

La Clotilde, se quedó confusa;—¿Cómo es ese papel?

—¡Hija, así; que se ve de una manera que no es como todos, que se va a poner muy contento.

¡Cómo no sea papel de barba! ¿Y qué letras tiene que tener?

—Vaya, una bas, mi nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Pus, Bastiana, hija.

Era una novia buena moza, fornida, reventona.

Tras larga espera del novio, aparece en la puerta, tan fogosa y, él, desde enfrente, exclama:

—«¡Arrialá ahí, gallo pelón!».

Placeta de San José



ESTE chaffán, que caldea el sol poniente, trunca el ángulo que forman las calles de San Juan, a la izquierda y de Santana, a la derecha, en su confluencia con la Placeta de San José, que es una especie de anchurón, dejado como para volver los carros, entre las calles citadas y las de Ramón Chies, San José y Salitre, cuando la gente sintió la necesidad de salir cortando para llegar pronto a las orillas del lugar.

Antes, esta placeta era mucho más grande, era, como si dijéramos, la placeta de las monjas de San José, cuando existía dicho convento. Varias casas y corrales actuales se construyeron sobre ella.

Lo más hermoso de la placeta actual es este esquinazo frontal de la casa de las Botoneras, que aunque se conserva de una planta, se ve que está remozado y cuidado con esmero.

Este es uno de los pocos parajes que van quedando donde todavía el tiempo

dá de sí lo suficiente para dejarse de sentir y no ir volando como en lo demás, sin que nadie se entere de por dónde se fué. Todavía hay allí quien puede sentarse en la puerta a zurcir zancajos, que es una cosa que requiere tiempo y paciencia amorosa y permite tostarse al sol y estar al corriente de los movimientos de la vecindad. Lugar recoleto donde perdura el eco de musiquillas de cuerda o de carrizo y cantares dolientes como quejas de amor.

Todavía resuenan por allí los pasos de Faquillo, los de Nicanor y aún los del hermano Juan Pedro Pérez-Pastor, que por aquí iría, de la Torrecilla a la Parroquia, miles de veces. Todavía, en el aire, flota el polvillo del antiguo trajín y el eco remoto nos trae rumores leves de ruidos espaciados, lentos, lejanos, graves, de un vivir sosegado y firme que el tiempo no ha logrado extinguir del todo todavía, pero que cada vez lo arrastra de más allá y se le oye menos y más distante.

La que cruza la Placeta, es la Antonia Zarco, que se crió en la casa de Nicanor, que no tuvo hijos, con el rumbo pastoril de los Frascos y con las ganas de ser de todos los que no logran la paternidad. Y todavía se vé que la Antonia no ha perdido su andar pulido.

ESTA fotografía tiene la cualidad de pertenecer a un período intermedio o de transición de la vida alcazareña, equidistante de la miseria y de la prosperidad, pero con sobrados vestigios e influencias psíquicas irreversibles de la penuria anterior.

Se trata de una familia labradora, consagrada a su arte; una de tantas familias



Solera alcazareña

que con su esfuerzo y su aplicación han engrandecido a su pueblo y a su patria, familias que miles de veces veían malogrado su sacrificio por el pedrisco, el hielo, la langosta o el rigor canicular y despreciados sus frutos por cubileteos económicos que desconocían, pero que soportaban, volviendo a empanar en el otoño con resignación ejemplar.

Cuando cuajaba la cosecha y valía, la gente respiraba un poco. A todos los que habían ayudado se les compraba algo y se vestían; a la casa se le daba una vuelta y si los atalajes dejaban para ello, se hacía algún alarde y se ponía un poyo en la puerta o una portada nueva, para seguridad del corral y entrar a gusto la galera. ¡Qué satisfacción tan grande le rebotaba a la familia entonces por lo poco logrado con tantísimas fatigas! Alguna vez, rara desde luego, podía suceder hasta que se retrataran juntos al pie de la obra. Y ese es el caso del Angel de Melenas,—Angel Castellanos García Vaquero—y la Luisa la Jarilla, su mujer, el año que pusieron las portadas en su casa de la calle del Cristo Zalameda y se retrataron junto a ellas con todos los chicos.

La casa iba para arriba, como tantas otras, con ayuda de todos y la aplicación del padre. Se le ve al Angel y a todos la satisfacción natural y el recelillo de las fatigas y quebrantos que no les dejará nunca de confiarse ni de abrir el puño de buenas a primeras. Tiene el Angel su gran sombrero, que no se quitaba

nunca porque lo de Melenas le venía de uno de esos aciertos de la gente del pueblo para distinguir a sus convecinos, pues tenía una calva completa, lo que se dice cuatro pelos ya en el mismo pescuezo.

De su aplicación dá idea su posición y la familia que crió y colocó. La palabra aplicación se usaba en Alcázar en una acepción especial, en sentido de economía, ahorro y dedicación. Al que vivía al día, gastando o consumiendo toda su ganancia o pidiendo prestado, se decía de él que no era aplicado y que ya lo penaría después. D. Magdaleno dice de su tío el rico, que fué aplicado y a sí mismo se estima como tal. Consagración al trabajo, ahorro y vivir ordenado es lo que se entendía por ser aplicado y lo que conducía a la prosperidad indefectiblemente, aunque se malograran muchas cosechas.

Todos conocen a los que están en la fotografía: el matrimonio; la Adriana, la moza; Paco, el que se casó con la Vicenta de Antonio Campo; la Antonia, que se casó con el del Jaro Lañá; Licerio, el que se casó con la Rosvida de la Antonia Campo; Jesús, el de la Eugenia de la Salud; Angel, el que se casó con la del Garbancero; la Catalina; la Gabriela, que se casó con el de Potrilla; Luis, que se casó con la de la María Sierra, y Asterio, casado con la de Pantaleón.

Es un deber perpetuar el recuerdo de estas familias, aquí bastante numerosas, que son las que han hecho el pueblo con su trabajo y su honestidad y las que pueden servir de ejemplo a los venideros para seguir el camino, único, del bienestar y la tranquilidad.

Pareceres

Alcázar es un pueblo, por su suerte o su desgracia, influido como pocos por el tráfago de la vida que se le impone, como se imponen las modas, desfigurándolo. Pero lo importante no son las imitaciones extrañas, sino lo suyo propio, aunque sea inferior a lo extraño. La solera es lo que da sabor al vino y calidad, es lo permanente, el cimiento para la obra nueva cuando lo pasajero se hunde.

Conservar y mantener restaurado lo propio, será lo fundamental en la vida de Alcázar y de todo pueblo con lo suyo.

El sentimiento de solidaridad es muy escaso entre nosotros; no hay cohesión entre los alcazareños. Tal vez lo impone la tierra, dispersa de suyo, la anchura del campo. No sentimos la fuerza de la unión, más bien cunde el desánimo con la aglomeración, como si se perdiera fuerza en lugar de ganarla. En cambio, cada uno nos sentimos una potencia aunque ninguno hayamos hecho nada extraordinario, pero en nuestro fuero interno creemos llevar todas las posibilidades que, al querer, se harían efectivas y la certeza de esa posesión imaginaria es el pilar más sólido de nuestro expticismo y de nuestra pereza.

Decía Manzaneque, que Alcázar, con sus recursos propios y los esfuerzos de sus habitantes, podría ponerse a la cabeza de La Mancha y que eso era más cierto y más seguro que el valor oficial, sujeto a cambios.

Apreciación justa, porque las cosas en el primer caso no se mueven solamente por los hombres, sino por las ideas bien cimentadas de los que persiguen con denuedo el engrandecimiento de su pueblo.

Trabajar, que es lo que se necesita, es más seguro que confiar en la lotería o esperar en herencias milagrosas de los tíos que se fueron a América.

Ví desde niño a D. Magdaleno, respetado y aún temido, dominante siempre y cumplidor en todo caso.

Observé toda su decadencia, en la que me combatió implacablemente. Lo ví en el ostracismo y lo acompañé hasta la muerte.

Puedo decir que me quedé casi solo a su alrededor. Percibí los cambios de su alma y los de la gente que lo elevó; la misma que lo hundió y la que lo volvió a considerar y compadecer.

¿Qué le pasa a la gente?

Cuando tenía que buscar para comer, le ayudó y le admiró.

Cuando adquirió una personalidad hizo cuanto pudo por quitársela, y cuando lo vió caído lo compadeció y hubiera querido levantarlo, incluso con más empeño que puso para derribarlo.

¿Qué mezcla de bien y de mal hay en el alma de la gente?

¿Se dá cuenta de lo que le conviene o la ciega la envidia para mantenerla en estado de perdición?

El Alterón de la Calle Ancha

ASI, en singular, distinguiéndolo de Los Alterones del Altozano, denominó la gente del pueblo esta cuesta, cuando los agentes naturales, el agua, sobre todo, fueron trazando las corrientes de bajada hacia la Plaza como cauce principal del lugar.

Qué interesante sería recordar los nombres con que el pueblo designó esas corrientes, después calles al engrandecerse el pueblo y con el tiempo denominadas con sus nombres actuales, que son testimonio patente de la apreciación predominante entre las gentes del lugar en los cambios de la vida pública del siglo pasado: la calle de la Victoria, de Alcolea, del Barco, Progreso, Marina, Aduana, nombres todos similares, de la misma época y alusivos a los mismos acontecimientos.

El Alterón—nombre propio, castizo, permanente, que debía llevar la callejuela o calle donde está,—fué partido por las aguas entre las casas de Chala y la de las Mudillas, siguiendo la calle de la Victoria. Otra corriente menor baja por la portada de Blanco y el Cristo de Zalameda y otra por la de los Muertos y Galgo, hoy Alberca Lorente. La otra parte, del Alterón donde se alzaban las casas de la Cacha, el Moreno Parra y Sopas, mandaba sus aguas hacia El Arenal por la Cruz Verde y por los vericuetos de la Trinidad.

La calle Ancha mandaba hacia abajo, en regueros distribuidos como varillas de abanico, todas las aguas que recogía de las huertas y las excedentes de las Santanillas, que se escapaban del

cauce de la alcantarilla del Paseo que iban y van hacia el arroyo del Albardial.

La necesidad de respetar esas corrientes naturales hizo las calles como son, equidistantes, en cuesta y curvas, con idéntica inclinación, con el mismo aire y la misma orientación Este-Oeste de las fachadas y el mismo ambiente, un poco tristón, silente, de pequeña villa, más ahora que antes.

Por estas calles pasé miles de veces en mi primera infancia, para ir a la escuela y a jugar.

Todas sus casas están llenas de recuerdos para mí y las familias me son cada vez más queridas y admiradas en el pensamiento: la madre de Botines, magrita, fina, modosa; Ramiro el de la Llana y su mujer, también fina, resignada; la Abbona de Regino; Requena y su patulea; las Braulias, el Tío Medior, doña Flor y Federico; Isidro Cosme y el Sr. Bernardo, Pozo el jabonero; las Canteras, Pascual el calderero; Santiaguillo, Josito el padre, Cándido el Zapatero,—D. Magdaleno vivía entonces en el Boquete,—el Angel de Gaspar; Perico el de los alambres, Marín, Marín tiene un gato, lo mete en un zapato, le toca el violín, ¡qué gusto le dá a Marín!

Ninguno de ellos podría suponer que se le recordara públicamente al cabo de los años y menos que se hiciera con el placer puro y delicado que me produce a mí resañarlos según eran de sencillos y buenos. Todos le llamaron y le llamamos a ese carrete el Alterón. Respetar y consagrar la denominación, tan alcazareña, sería reconocer la soberanía y el acierto de una vecindad inmejorable, tan bondadosa y llena de virtudes, que solo amor despierta su recuerdo.



Meditaciones menores

NO es inútil insistir en el análisis de la vida de D. Magdaleno y su momento, primero porque no está Alcázar sobrado de hombres de valer, y, segundo, porque no todos pueden ofrecer como él, ejemplo aleccionador, en sus aciertos y, sobre todo, en sus errores, que son los que más enseñan; en sus arrostos primeros, cuando pudo sentir el desamparo y se tenía que debatir contra los coscurros y en su sedentarismo posterior, que no sería por conformidad, porque no podía serlo, dados los disgustos y dificultades de la profesión, aferrándose a una subsistencia puramente vegetativa, con posibilidades mínimas, aunque él floreciera como toba en terreno yesífero.

El desorden en que aparecen las notas sobre su vida, demuestra el carácter provisional de esta obra y como se va escribiendo con demasiada precipitación, muchas veces entre un acto profesional y otro aprovechando el momento en que las ideas brotan inesperadamente, obedeciendo a los más imperceptibles estímulos del momento, una palabra, un gesto o actitud, recogidos afanosamente para retenerlos y aportarlos al acervo común.

En este mismo libro van varias notas sobre el popular galeno, colocadas indebidamente por agobios del trabajo que obliga a ir imprimiendo a medida que se escribe, al modo de los periódicos y muchas veces cuartilla a cuartilla, cosa bien acreditada por sus imperfecciones.

Don Magdaleno fué un hombre deseoso de historia, de continuación, de perduración. Lo demuestran todos los detalles de su vida, y sobre todo, los apuntes que escribió y que van comentados aparte, en los cuales le faltó sencillez, naturalidad y altura, tal vez por sobreestimación de sus condiciones.

Le preocupó la muerte, aunque solía decir que la vida no valía lo que costaba, siendo evidente que la suya pudo valer mucho más si no se aparta de la

escuela, porque ningún otro médico alcazareño ha estado tan próximo y tan ligado a los maestros para llegar a ser uno de ellos.

Más que la muerte, le preocupó el olvido. Por eso afianzó con cemento su recuerdo en el panteón él mismo.

Por eso hizo una casa ostentosa, él que no tenía nada de señor y que aun entre los mármoles vivió como un menestral modesto.

Por eso agradece tanto en sus apuntes las consideraciones que le guardaba la gente después de jubilado, «casi mayores, consigna satisfecho, que las que me tenían antes».

Y por eso sentía tanto no tener hijos, aunque no se le pueda dar beligerancia en ello, porque su juicio, tan claro y tan tajante siempre, desbarra con exceso en esto. Las personas favorecidas por él, sin ningún derecho ni deber, pudieron resultarle o parecerle desagradecidas, pero hubiera hecho falta verle ante el derecho absoluto del hijo y oírle después de larga experiencia.

Lo que sorprende es que este hombre soportara la prueba de su período inicial y luego se aferrara a la rutina, sacrificando todas sus posibilidades a la seguridad de unos ahorros míseros.

¿Es que no tenía inquietudes íntimas?

¿Es que le faltó confianza en sí mismo?

¿O es que le sometió la comodidad lograda fácilmente?

Lo último parece lo cierto.

Las inquietudes las tenía, porque su vida fué una añoranza continua del Hospital General.

Sus pocas necesidades y la penuria anterior hacen suponer que no le faltara conocimiento de su resistencia, pero la comodidad doméstica, la responsabilidad y esclavitud del ejercicio y el círculo de amistades le quitaron por completo las aspiraciones sin dejarle más que la de los ahorros para la vejez, que era común a sus contertulios.

Manzaneque, que pudo animarle y acompañarle, paliaba sus idealismos con la guitarra, politiquéaba a su modo y no se dejó ninguna raíz en la escuela cuando le cortaron el cordón umbilical, pero D. Magdaleno fué médico puro, sin ninguna otra compensación más que el recuerdo y la cita continua de todo lo del Hospital.

Fué una fatalidad que él no sintiera la vocación más honda o que allí no hubiera alguien que lo sujetara al decidir venirse o tirara de él una vez aquí, como les pasó a otros,—D. Laureano Olivares, D. Alejandro San Martín, etc.—y le hubieran hecho volver a comer el rancho del Hospital el tiempo que hubiera necesitado para completar su formación profesional y entonces se hubiera visto lo que aquel coraje y aquella soberbia hubieran dado de sí. Aquí se le fué toda la fuerza por la boca, peto a peto con las mujeres, que lo consideraban cosa suya, hasta para respirar soplaban y se contoneaba al andar, ahuecando las plumas como las «lluecas» y picando fuerte si alguien se acercaba a sus dominios.

Caducadas las rivalidades con las jubilaciones, se hermanó mucho con Manzaneque. Cosa natural, porque al médico no le puede entender nadie más que otro médico. Incluso en plena lucha, con los antagonismos más virulentos en vigor, se aprecia ese hecho con claridad.

Pero D. Manuel, al que consideraba de buen criterio pero cauteloso, le decepcionó encomendando a su barbero y no a él la comprobación de su muerte antes de enterrarlo. ¡Qué desengaño para un carácter como el suyo! Ninguna otra ocurrencia pudo tener que moles-

tara más a su colega, aunque al fin interviniera enfáticamente para comprobar los efectos de las manipulaciones de Antonio, pero en realidad reprochándole al amigo muerto sus pueriles precauciones y su resentido desdén.

D. Magdaleno le sobrevivió bastante y falleció luego de larga y muy penosa enfermedad, de las peores que acometen al hombre, dejando a su pueblo el ejemplo de una asistencia ininterrumpida y cabal, una posición social admirable, lograda con inquebrantable tesón por el hijo de un casillero, del que nadie se ocupó y un celo plausible, como de padre tutor, por los problemas de interés público local, cosas todas propias y consecuentes con el sentido del deber que le inculcó su padre desde niño.

Estas cualidades resultaban más acusadas en él por sus modos, pero no bastarían a singularizarle.

Lo que le caracteriza y sorprende es el contraste entre lo que hizo de muchacho y lo que dejó de hacer después, las circunstancias que pudieron darle esa increíble conformidad.

Y eso, que es lo lamentable, para él en primer término y para Alcázar después, es lo que nuestro pueblo necesita que se ofrezca como ejemplo, para que cuando posea esa centena de hombres destacados que siempre debe procurar, que no se detenga ninguno antes de tiempo, que completen su obra, llevando su actuación hasta las consecuencias últimas y no vivan, como D. Magdaleno, de la fama de su arranque, esto es, con el prestigio de lo que pudieron hacer y no hicieron equivocadamente y con merma del beneficio general.

SUCEDIDO

Alfonso Corredera y el tío Majo, estaban en casa de Mantilla, de caporal y mayoral, respectivamente, y los mandaron a llevar un pavo a los frailes, por la Pascua.

En el pretil, acordaron entrar uno solo para que les dieran propina más fácilmente y repartírsela después.

Pasó el Majo, salió el Superior y al verlo le dijo muy amablemente:

¡Vaya, hombre, vaya! ¡Mil gracias, mil gracias!

Al volver el Majo, Corredera lo miraba con ansiedad y el otro dijo:

—¡Mil, mil, mill!

—¿Mil qué?

—¡Mil gracias, mil gracias: Así que toma la mitad!



La Carrasola

¡QUE ambiente tan alcazareño el de esta calle inarmónica, ancha o mejor espléndida, atractiva y contrahecha, de trazo torneado que esquivo el encañonamiento del solano! No es hermosa pero su fealdad es conforme al gusto y a la necesidad de los que la fueron haciendo como necesitaban, es una fealdad entrañable, como la fealdad aristocrática, amasada con los estigmas de infinitas generaciones.

Cada casa tiene su línea y su altura; no hay dos iguales. Todas fueron «la última casa», cuando se hicieron y los dueños se colocaron a su gusto, pensando que si llegaba alguien más también lo haría.

Está reflejada en ellas la vida de los primeros pobladores.

Uno de los que más se aventuraron en la lejanía para su tiempo, fué Patricio el embustero, que nunca tembló por que nada se resistía a su imaginación.

Patricio era seco, de ojos de gato, que reflejaban el saltaríneo de su pensamiento. Hablaba de prisa y con firmeza, persuadiendo y aun admirando al desconocido.

Su boca no velaba nada de lo que saltaba en su mente y su cuerpo entero, actitud y modales, cooperaban a hacer verosímiles las razones menos razonables de su fantástica imaginación, hasta el punto que, aun conociéndole, se separaba uno de él pensando que podía tener

razón y ser verdad lo que decía. Máxime que Patricio paró muchos golpes y desarmó a muchos furiosos, dispuestos a vengar trastadas, con las más inesperadas explicaciones quijotescas que los dejaban asombrados y les hacían de entrar en razón de pronto, cuando ya habían perdido los estribos y se iban al bulto derechos.

¿Qué se le podía dar a un hombre como él de que su casa, que está ahí enfrente, fuera o no la última, cuando la hizo, si su imaginación avanzaba tanto que siempre estaría más allá de todo lo que se pudiera pensar?

Declina la jornada y se percibe el momento de recoger y de recogerse hasta la mañana. El ambiente es de quietud, pero de quietud vespertina, de cansera, que es diferente de la del alba, de pereza.

El borrico que cruza y el que sube llevan el aire que les da el pesebre y el abrigo próximos y hasta se nota que al entrar en sus corrales hallarán a las gallinas subiéndose a los palos y liadas en el picoteo, con que procuran su acomodo para la noche.

Los corros de vecinas devanan la madeja de la vida y hacen el ovillo.

El cielo tiene la claridad brumosa de la calina.

Todas las paredes enjalbegadas.

Los ruidos del día irán cesando y surgirán los de la noche, el rebullirse o el resoplar de los seres vivos, el crujir de las cosas inanimadas y el sonsonete de las cencerillas, al compás de la ruma, en el silencio imponente y soberano de las horas altas, que en estas calles tan labradoras,—Carrasola, Toledo, El Porcarizo, el Santo...con calor de cuadra y vaho de tierra embasurada, como requiere la germinación de las semillas que renuevan y continúan la vida,—intimida, sobrecoje el ánimo y los pasos resuenan más allá, remontándose hacia donde cabrillean los luceros.

El sillón del abuelo

SE ha hablado mucho de la tendencia del hombre al mínimo esfuerzo, es decir, a la comodidad, y algunos piensan que el hombre no debía trabajar y que así podría ser si las cosas estuvieran bien repartidas. Consideran que la subsistencia humana es un problema de distribución y la holganza su aspiración suprema. El hombre no tendría más que satisfacer sus apetitos y dormir, como un animal cualquiera, sin los azares, siquiera, que para ellos implica el buscar la comida.

Es este un pensamiento bastante generalizado y consecuente con las tendencias de los tiempos corrientes.

Se ve, sin embargo, que tales tendencias son contrarias al interés biológico del hombre.

Cuando está en el campo o en contacto con la naturaleza, recibe con la mayor naturalidad toda clase de inclemencias, sin impresiones excesivas.

Si vive en la ciudad, se le hace insostenible cualquier vientecillo o chubasco. La vida activa le mantiene ágil y despierto.

La desocupación le entorpece los remos y la mente.

Y a la larga, una larga cortísima, lo entumece, dejándolo prácticamente inútil.

Cualquier observador puede hacer en sí mismo esta prueba, con el simple hecho de modificar alguna de sus costumbres o fijarse en el efecto que le produce a alguna persona que pueda verla de cerca. En este sentido, el abuelo suele ser el mejor sujeto de observación.

El pobre hombre, en el mejor de los casos, que se le respete y considere,—rara avis,—se deja llevar al asiento cómodo que le preparan zalameramente a cambio de que no estorbe, es decir, de que renuncie a todo lo que fue su vida, entre lo cual se halla la vida misma.

La silla vieja e incómoda se reemplaza por un sillón o butaca propicio al anquilosamiento y al continuo dormitar y el abuelo, que ingenuamente cree haber alcanzado la paz del espíritu y la tranquilidad de su cuerpo, se entrega dulcemente a la sonnolencia, precursora de la muerte, que llegando de ese modo

todos creen que es lo mejor a que podría aspirar.

Hay muchas personas en plena juventud, hombres o mujeres, que se encuentran en el caso del abuelo. Favorecidas más o menos por las circunstancias familiares quedan situadas en un declive precoz y la inercia las lleva a la situación de verdadera calamidad, para sí y para los demás.

La vida es movimiento y el organismo se deteriora menos funcionando que parado y se conserva mejor y durante más tiempo. La máquina parada queda amenazada de desguace próximo y nuestro cuerpo difiere poco de ella. El deportista que logra el máximo rendimiento de sus facultades y la perfecta adaptación a todas las posibilidades de su arte, si deja el entrenamiento diario ya no puede competir y para hacerlo necesitará entrenamiento o preparación más largos que cuando vivía vigilante a su necesidad.

Todos los contertulios de casino saben que después de unas horas de grato conversar, les cuesta trabajo levantarse del sofá para irse a cenar o a acostarse y les sería imposible echar una carrera si lloviese.

Las comodidades van en contra de la vida efectiva, que es salubridad, ausencia de molestias, potencial biológico, como decía D. Magdaleno en los informes de los quintos, vigor y rendimiento, espíritu emprendedor, desprendimiento fácil, ilusión por seguir.

El esceptismo alcazareño, no solo ha limitado el engrandecimiento del pueblo sino que ha acertado muchas vidas espléndidas que no tuvieron más motivo para perderse en plazo corto que los achaques dimanantes de la inacción. Y esa es la causa, segura, de que se quedaran viudas casi todas las mujeres diligentes de Alcázar.

Con la inconsciencia de los inexpertos reproché yo a mi padre algunas de las incomodidades de las que nunca quiso apartarse, entre ellas la silla, ni alta ni baja, con asiento de esparto machacado hecho por él. Y ahora cada vez que voy donde está guardada, como me ha pasado en este instante, no puedo menos de amonestarme a mí mismo. ¡Pero, Señor, cuánta razón tenía y qué ágil se conservó! ¡Oh, la juventud! ¡Divina, sí, pero qué pretenciosa y petulante!



GRUPO DE SEÑORES

ESTA fotografía, en la que figuran personas muy conocidas y de las que más se movieron en la vida local, simboliza, indudablemente, momentos felices de confraternización, en los que cristalizaron visitas y cabildeos y se tuvo el deseo de perpetuar en una estampa que reflejara siempre la aproximación de las tendencias y el anhelo de los espíritus.

Es, además, una demostración palmaria del sentir alcazareño tradicional y de que si bien la Estación ha traído y llevado la mayoría de las familias, la vida oficial, comprendido en ella el llamado caciquismo, que oficialmente traduce sus actos, trajo también muchas personas, en menor número pero con mayor relieve, que *matizaron ciertos aspectos* de la vida local. Es de notar a este respecto que aquí, no solo se amansaron las fieras, a fuerza de esceptismo, sino que fueron absorbidos todos por el espíritu alcazareño incorporándose a su vida como unos de tantos. Este fenómeno es muy conocido en la historia de las invasiones y demuestra, pese a las violencias, de parte de quien está la mejor condición.

Aisladamente han salido a relucir ya en el curso de esta obra la mayoría de los fotografiados y ello da doble importancia al retrato para que se recuerde su figura personal.

De arriba a abajo y de izquierda a derecha figuran aquí, GALO, el popular dependiente de Santiaguillo, brazo derecho del gran Ricardo; D. Vicente Galiana, el conocido y regocijado maestro; este

apuesto señor que figura en tercer lugar debía estar aquí muy accidentalmente, se trata de D. Gumersindo Mazarambroz, chelero, hermano de la mujer de D. Leandro Gómez Sobrino, el maestro de escuela de tan grata memoria. El cuarto, D. Baltasar, uno de los profesores que trajo D. Fabián Villoria y Méndez, el Salamanquino, licenciado en Filosofía y Letras, que abrió aquella academia, ya reseñada; primo de Los Paquines, el tío medior y sus hermanos que también eran de la tierra Charra; el quinto D. Diego Galiana;

el sexto Gregorio Moraleda, el hijo del inolvidable D. Vicente, que las gentes o él o las circunstancias se empeñaron en tergiversar después, llamándole D. Efigenio, cuando ejercía de Veterinario.

El primero de la segunda fila es Narciso Vázquez, uno de los primitivos entre los muchos pedazos de pan y culos de hierro de nuestras oficinas. A continuación, D. Patrocinio Corrales, el escribano judicial. Seguidamente, Florentino Gómez, sargento de la Zona, que se casó con la Dolores, la hija de D. Antonio Castillo, hombre que lucía sus arreos con la vacua petulancia de los personajes sainetescos. El cuarto, es Fernando Caro, el padre; el quinto, Hermilio Echevarría, el tenedor de libros de Ricardo; el sexto, D. Geminio Martínez, el Contador del Ayuntamiento, ya recordado como el cazador más ostentoso de que haya memoria aquí, y por último, Nicanor Moreno, Frasco el Grande.

El primero de la tercera fila; sentados, es Juan Leal, tantas veces citado como lugarteniente de Estrella, y que se empeñó en no ser nada. A continuación, D. José Frías, el yerno de la Millana; el tercero, D. Gonzalo el Médico, —Gonzalo Fernández Pintado y Muñoz Horcajada,—que pintaba bien, no escribía mal y sin embargo no le lucían las cosas, juicio este que también tuvo él de mí. A su lado Antonio Castellanos Alvarez (Pucheritos), que fué yerno suyo; el quinto, D. Alvaro, (Alvaro González Mena); a su lado Vicentito Jaén, el hijo de D. Vicente y por último Pedro Cañizares, el Procurador.

Hay abundancia de bigotes y de barbas y sobre todo de sombreros hongos, que dan importancia al acto que motivara la fotografía.

LOS médicos y religiosos de Alcázar, cuyo recuerdo se ha tratado de abocetar en el curso de esta obra, tuvieron vidas muy parecidas, debiendo destacarse que su semejanza aumenta en razón directa de la autenticidad o pureza alcazareña de los más característicos.

Tal vez no sea menester señalar la humildad de cuna que les es común a todos ellos, porque las profesiones lo atestiguan suficientemente ya que eran las dos únicas salidas, dentro de la pobreza, que se ofrecían a la más desbordada ambición lugareña, siempre sujeta a la necesidad de ganar el pan de cada día y de que el muchacho pudiera sostenerse por sí mismo cuanto antes. La sencillez y brevedad de los estudios y la seguridad de que la necesidad de comer,—no tan prosaica como se decía antes,—podría satisfacerse inmediatamente, hizo que los estudiantes sin dinero se inclinaran con preferencia a la carrera eclesiástica o a la de medicina, cuyos primeros pasos no eran nada seductores, sobre todo en la de medicina, que se tomaban como prueba de que les iba a gustar o de que tenían estómago. Era común la apreciación y la conformidad con el carácter subalterno de la cura de almas y del arte de curar, no obstante lo cual fué manifiesta, en el curso de la vida, la sobreestimación que le dieron los propios interesados, cosa también disculpable y natural dado su origen humilde.

Los médicos aquellos vivieron casi todos como monjes, sin excluir en varios el matiz del celibato y los religiosos fueron caracteres tan abiertos que pasaron como si no hubieran salido del seno de la vida familiar, los físicos y los psíquicos hicieron muy buenas migas y comieron muchas gachas juntos.

Todos recibieron de Alcázar el estímulo más entusiasta al principio de su vida, y creo que ninguno,—Castilla hace sus hombres y los desface,—dejó de sentir el contraste entre el halago de la estimación y la tristeza del abandono a medida que iban adquiriendo respetabilidad. En algún caso resultó tan hiriente y tan injusta la desconsideración, que el interesado prefirió el aislamiento, dejando sus ocupaciones antes y con antes por no cometer un hecho punible, pero todos se inclinaron a la soledad, al fin.

Siempre el pueblo, que no obra a humo de pajas, tiene su agudeza penetrante.

En una ocasión, un alcazareño típico, tuvo que buscar médico para un hijo que se había casado. Me lo consultó. Tenía simpatía por el médico más popular que ha tenido Alcázar, que era médico suyo. Apoyé su indicación y me contestó que no se lo quería decir, porque tenía mucho y el riñón cubierto, cosa harto incierta en aquellos momentos, y no se iba a molestar si lo necesitaba para una apretura; que era mejor uno que tuviera más gana, aunque estuviera en agraz. Y así lo hizo.

La trayectoria de estos antecesores evidencia cual puede ser la vida del médico y cuales sus normas más convenientes o únicas posibles que corren parejas con las del cura de almas y que necesitan formación singular que no se adquiere más que con el tiempo.

Reconozcamos que ambos tienen obligaciones difíciles de cumplir y poco gratas para el que las recibe, aceptadas con temor siempre. El ambiente que engendran a su alrededor lo justifica plenamente: el hospital, la clínica; el confesionario, la sacristía, antesalas del cementerio: dolor, tristeza, soledad; sonidos de oquedad y seres familiarizados

Paralelas

con el sufrimiento; ministrantes y sacristanes ensabanados: olor a muerto.

Se tienen con el cura y con el médico confianzas limitadas, pero no se les quisiera ver. Se quisiera que fuesen como torno de inclusa en el que poder soltar la carga y a la media vuelta dejara cortada la comunicación. Hasta después de un duro batallar, como las enfermedades no se curan del todo nunca y más tarde o más temprano acaban en muerte, reconociendo el sacrificio, no se quisiera ver a la persona que lo realizó.

El médico no puede tener amistades desinteresadas, porque no se le concede el vivir ordinario como a los demás hombres y nadie acepta, como pasa por ejemplo con el bacín, que en el momento preciso no esté en su sitio a merced de la necesidad. El más amigo se resiente de la falta,—y cuanto más amigo más,—y se insolenta como cerraría con violencia la mesita de noche al verla sin el servicio en su interior cuando iba a echarle mano. El médico, por su parte, aún el más abnegado, ve agotada su paciencia por las inoportunidades y abusos y se irrita, agobiado por los derechos absolutos de sus reclamantes, comprometiendo sus relaciones y el crédito tan trabajosamente logrado. Por eso el médico acaba siendo un solitario o deja la profesión y la gente que confió en él ve con buenos ojos su apartamiento, porque desearía no encontrarse con el hombre al que hubo que informar de tal desventura, descubrir tal flaqueza o mostrar cual defecto. La muerte del médico que mereció confianza va acompañada de muchos suspiros no exentos de satisfacción y descargo.

No sé si D. Magdaleno en su época de ostracismo voluntario se pararía a pensar en estos contrastes naturales de la vida, pero tal vez se lo impidieran su soberbia y su excesivo orgullo. El y Manzaneque son los prototipos del médico alcazareño, muy poseídos de su saber y de su poder, orgullosos de la posición alcanzada, pasaron la vida sin interrumpir su trabajo más que en caso de enfermedad y D. Magdaleno nos dice en voz baja, cuales fueron sus bienes gananciales, al confesarnos que ganó con exceso para vivir bien y ahorrar para su vejez.

Su buen vivir consistió, como en Manzaneque, en consagrarse a la profesión, en no casarse, en hacer una casa en la vieja de la abuela que lo crió, hacerse un panteón en el cementerio y comprar treinta mil duros de papel del Estado para usufructuar la renta en la vejez. Manzaneque puede que tuviera algún dinero más, pero se conformó con vivir en la casa donde tuvo su padre lo de las cartas, en la calle Resa esquina a la de La Unión y no se hizo panteón, pero aunque tuviera algunos ahorros más, vivieron con igual humildad: ambos se recomendaron mucho sus ropas y calzados y si bien visitaron en tartana en los últimos años de su ejercicio, se apartaron poco de la cocina manchega, cosa que se conocía por los dispendios de D. Magdaleno en los días señalados, como el de reconocimiento de los quintos, considerado por él como de ingresos extraordinarios, que al despedir al cochero en la Plaza, antes de entrarse en el Ayuntamiento, compraba una merluza entera que mostraba a los amigos, señalando a lo que sobresalía del papel de estraza en que se la daban en el puesto y la mandaba a su casa para que la fueran cociendo mientras él llegaba a medio día. Otros ricotes hacían el arresto de llevar a sus casas media torta de bizcocho el día de Viernes Santo, pues nadie se podía permitir derroches a todas horas.

Y aquí viene otro paralelismo de médicos y monjes del lugar.

Es más fácil, muchísimo más fácil, ser padre de almas que padre de familia. Cualquiera Párroco puede tener a su cargo un gran distrito urbano y atenderlo a gusto, pero un solo hijo le originaría muchísimas más preocupaciones que el conjunto de feligreses. Y el no tenerlo le permite atender mejor sus deberes sacerdotales. Pues bien, el ser solteros nuestros médicos les permitió elevar el rango de su actividad profesional y dedicarle la mayor parte de su capacidad amorosa y eso les debe el nivel médico alcazareño de entonces, que no era exclusivamente de ellos, porque otros colegas que se casaron no tuvieron hijos y los que los tuvieron fué en escaso número, por lo que todos sobreestimaron la medicina y le dieron una elevación y unos rasgos de austeridad y pundonor que contrastaron siempre con los de otros lugares. Quisieron la profesión, la amaron; le toleraron sus esquivances y torturas, como se toleran las veleidades a la amada, tomándolas como aliciente de su cariño.

A todos les faltó la dura prueba de situar a una familia numerosa y de timonear el bajel en que navegar, probablemente lo más difícil que hay en la vida.

Las limitaciones fuertes que las obligaciones de la paternidad imponen al hombre, impidiéndole su desenvolvimiento personal y el de sus facultades, sobre todo cuando la familia se hace adulta, hubiera hecho muy distinta la vida de estos hombres notables que dieron al ambiente alcazareño un matiz de señorío y selección, sin dejar de estar identificados con nuestros modos y maneras, como atestiguan los detalles publicados otras veces de los médicos y el vivir de los curas,—recuérdese a Tello, a Peñuela, etc.—que vivían entre las gentes y las manejaban como los sacristanes a los santos, con aquella llaneza y naturalidad, de poca unción, acaso, pero de una completa confianza, que era el sello distintivo de la vida en nuestro pueblo.

La sabiduría médica

EL conocimiento exacto y preciso de los enfermos y de sus dolencias, se logra pocas veces.

Hubo un tiempo, no lejano, caracterizado por la altura mental de la mayoría de los maestros, en que se hablaba de no hacer diagnósticos, sino trazar orientaciones clínicas, persuadidos por el desengaño de la imposibilidad de la certeza.

Don Magdaleno contaba de Pérez Valdés que, cuando apremiado por la Dirección del Hospital para poner en las historias los diagnósticos, después de muchos días de discusiones clínicas y observaciones de todo orden, iba temprano con el mozo recorriendo las camas para salir de atolladero y ante la perplejidad del sabio, el menestral solía proponer un nombre y el maestro aceptaba, diciéndole: «pónselo, hombre, pón-

selo; que puede ser que lo tenga»; y pasaba a otra cama.

La divulgación y el excesivo hablar han hecho que todo el mundo quiera saber cómo se llama lo que tiene, sin darle ningún cuidado, según dicen constantemente. Los médicos de mucha seguridad diagnóstica satisfacen ese deseo invariablemente y las gentes exhiben el nombre técnico de su enfermedad,—generalmente una frase de ambigua significación,—como una bandera de gloria.

Con los adelantos, esta tendencia es muy general y se ven cosas muy chocantes, pero el terreno clínico sigue siendo muy movedizo y la gente, aunque busca la palabra rara, no se aparta de su sentir. Don fulano dice que era una cosa de esas que ni siquiera sabe decir una, pero atienda Vd. lo que digo yo; que si será del asco aquel que cogió cuando bebió agua en la botija y se le figuró que había un bicho por alrededor. Yo tengo esa escama y no se me va, y verá Vd. como va a ser eso, aunque ya lo han mirado de asiento y sigue igual. Se conoce que se le ha agarrado bien.

Aires alcazareños

VOX PUPULI

EN los pueblos, el conocimiento mutuo se va tramando con la observación de cada día, a fuerza de mucho tiempo; mientras viven están sometidos a la revisión constante: por eso no falla y es inapelable la calificación con que las personas pasan a la posteridad y la rastra que dejan.

Aun tratándose de personas tenidas por leídas y de peso, ya caducas, son observadas agudamente en toda ocasión.

Hace poco, hablaba yo con mi pariente Marcelo Roperero, el del Orejón, de tres hermanos que fallecieron hace tiempo, uno de los cuales fué considerado como hábil y despejado. Marcelo, dijo: «No te creas, que a él también le faltaba un veranejo». «En el duelo de fulano me dí yo cuenta y dije: Escucha, escucha, como sale la rama y no es lo que dicen este hombre». Y es que en muchas casas, parece que hay gorrino y no hay siquiera estaca. Las cosas parecen una cosa y son otra y lo mismo pasa con las personas; son muchas las que les falta un verano, pero para conocerse es menester comerse un saco de sal juntos.

MONEDA CON HOJA

SE había prestado asistencia en la clínica a un vecino de otro pueblo sin mi mediación. A los pocos días intervine yo a solas en otro problema familiar. El hombre se consideró en el caso de decirme que se oía hablar bien de nosotros, agregando: «Pero aunque sea mal preguntado, ustedes no serán de aquí, ¿verdad?» Por lo que se ve, que no solo no se es profeta en la tierra de uno, sino que ni aun en los alrededores pasa esa moneda.

MALES ARRAIGADOS

HACE poco tiempo fué operado de trepanación de mastoides, en la Facultad de Medicina de Madrid, un zagalote alcazareño.

La operación se desenvolvió sin accidentes, pero el enfermo tuvo una elevación de temperatura que nadie se explicaba y que resistió a los antibióticos, determinando la participación en el caso de varios profesores de otras cátedras, que resolvieron suspender todo medicamento y la fiebre bajó el mismo día que no se aplicó ninguna medicación. Los profesores interpretaron el caso como de sensibilización a los antibióticos, pero una persona subalterna, muy subalterna, de la Facultad, de estas mujeres amigas de apañar y de apañarse, reventaba por expresar su secreto y llamó a parte a un jovencillo médico alcazareño para desahogar su sentir sobre la mejoría del niño, diciéndole; ¡Pero, ustedes no sabían de lo que era la fiebre! ¿eh? ¡Gracias a que yo le dí masaje en las muñecas y lo echó todo, porque el chico estaba empachado, y si no es por mí...!

Los Exp.



Angel Zarca Fernández. El yerno de Gabriel Mata, jefe de tropa de los exploradores.

BOY-SCOUTS le decían en inglés a esta organización de muchachos que floreció en España hacia los finales de la primera guerra europea y, ni que decir tiene, Alcázar, sujeto siempre a las influencias madrileñas, sintió pronto el deseo de hacer lo que en Madrid y bastó con que Millán el alguacil, se hiciera portador, como diría Heliodoro, de un escrito que llegó al Ayuntamiento y lo llevara a Enrique Manzaneque, el boticario, para que se removiera la gente y quedase aquello hecho en cuatro días.

Bien es verdad que Enrique, digno hijo de su padre, sintió siempre y sigue sintiendo las cosas de Alcázar como pocos, cosa que deberá puntualizarse algún día, pero alcazareño al fin, y de punta a cabo o hasta la cepa, al ver a Millán con el papel le soltó el toro diciendo que lo dejara en paz y se fuera a la porra, pero se le echó la gente encima y tuvo que organizar el cuerpo y presidirlo, aunque bien secundado por el vecindario en esta ocasión y no como en otras que lo tuvo que hacer todo él.

Se nombró jefe supremo de la tropa a Angel Zarca, que era lo más perfecto para ese alto cargo.

Visitaron las escuelas y todos los chicos se entusiasmaron y acudieron con sus padres a firmar la filiación.

Los uniformaron en número de unos quinientos, dotándolos de todos los enseres, bordón, mochila, cantimplora, uniforme, etc. Los sastres se repartieron los vestidos y los zapateros y comerciantes el calzado, medias, sombreros, correajes, carteras, lapiceros, cubiertos y demás cosas complementarias.

Varios militares de la Zona y jubilados, se ofrecieron a enseñarles la instrucción, debiendo destacarse por su carácter, a lo D. Magdaleno, D. José Crespo.

La instrucción la hacían en las eras y Crespo en la suya, que siempre estaba llena de curiosos por el aire militar y el genio de Crespo. La gente decía:

Al batallón de Crespo
nadie se arrime.
En su lugar descanso,
¡pelotón, firmel...

Para la presentación oficial del cuerpo de exploradores y bendición de la Bandera, acordaron celebrar el día del explorador, que lo fué los días 22 y el 23 de Junio de 1918.

Manzaneque fué a Madrid con Isidro Barbero y Jesús Morales, a invitar al Consejo Nacional que presidía el Comandante Iradier y mandó una delegación: desde allí se fueron al Cuartel de la Montaña a con-



Los chicos de la tropa
Pepe, Pilar y
de la prom...

laradores

tratar la Banda de Ingenieros que dirigía el glorioso compositor D. Pascual Marquina, que los presentó al Capitán de la banda D. Gregorio Acosta y todos fueron al Coronel, conviniendo en pagar 4 000 pesetas al Regimiento y los gastos de viajes y manutención por cuenta de la organización.

La Banda llegó aquí el día 22 a las tres y media de la tarde y bajó tocando desde la Estación hasta el Ayuntamiento, dando a las diez de la noche un concierto en el teatro de Cristóbal.

El día 23, a las 7 de la mañana, tocó diana por las principales calles de la ciudad y hubo una nota emotiva, porque el padre de Enrique estaba en la cama con una fractura de cadera que se había producido al caerse en un pocillo de la bodega de Carrión, que estaba en construcción y al pasar la música por la calle de la Feria le dieron la sorpresa de entrar a tocar a su patio, donde lo sacaron a él y abrazado a su hijo les dirigió un saludo, lloraron todos y agotaron los buñuelos de la Plaza y la mistela del sótano, saliendo muy satisfechos después de interpretar en el patio dos piezas de su escogido repertorio que encantaron a D. Enrique, pues los Manzaneques han sido todos muy aficionados a la música.

De ocho a nueve fué la Misa de Campaña en la Glorieta de Santa Quiteria. Gran solemnidad, sermón de Alderete, promesa de la Bandera, himno de los exploradores tocado por la Banda y cantado por el grupo y desfile muy marcial desde la Iglesia a la Plaza y la calle de Castelar hasta la Estación.

Por la tarde la viuda de D. Ricardo López, dió un té en los jardines de La Covadonga y la música tocó piezas bailables.

A la seis de la tarde, concierto en la Plaza de Toros, y por la noche, a las diez, velada teatral, representándose «El Orgullo de Albacete» y tocando la música en los intermedios, hasta el correo de Andalucía que salió la Banda para Madrid, con treinta y tres docenas de tortas de la Cantera como obsequio de la Junta.

Fueron dos días grandes y baratos. Los músicos se alojaron en las casas importantes.

Por los diversos actos ya se ve que soplaron todo lo que pudieron y las localidades de la Plaza de Toros para el Concierto fueron a 7 pesetas, 50 céntimos los palcos, la silla de redondel a peseta, la sombra a 50 céntimos y el sol a 25. En el teatro a 12 pesetas los palcos, 1'50 las butacas, 65 céntimos anfiteatro, 60 delantera de paraíso y 50 paraíso.

La gente quedó tan complacida y tan sastifecha y admirada del espíritu de la tropa, que a Zarca la dieron la cruz del mérito militar con distintivo blanco y el pueblo siguió viendo por algún tiempo a sus muchachos fuertes y colorados y entrenados en el orden y la disciplina.



Jesús Ruiz, el relojero, cuñado del anterior y hombre ingenioso que, como se ve, tampoco vestía mal el cargo.



La Covadonga»,
cha López, el día
de la bandera.

Placeta de Pachurro



Rinconada de la calle Montes, frente a la calle Quintano, que parece como un divertículo de la primera o fondo de saco de la segunda, visto desde la casa de Sabaneta. Y perdónese la cursilería del lenguaje médico, pero algunas veces se impone el oficio sin querer y sin poder evitarlo.

Es uno de tantos rincones o anchuronos de servidumbre como se ven por ahí, solo que por su forma y dimensiones y por la tendencia general a designar como placetas la simple expansión de cualquier trozo de calle o camino,—hace allí una poca placeta, dice la gente,—y darle el nombre del vecino más conocido en el rodal, esta que nos ocupa tomó el nombre, muy propio y castizo de Pachurro el panadero, el fundador de la dinastía de los Pachurros, padre de Vicente, que tuvo en este rincón un horno muy popular y padrasto del Manchao,—Francisco Reguillo—y de su hermano Juan de Dios, el barbero del Paseo.

El solano se encañona mucho por la calle Montes desde la de San Antón y este rincón constituyó un abrigo o solana muy adecuado para estacionarse a comentar la actualidad y poco a poco se fueron instalando algunos menestrales, que además de tomar el sol o la sombra podían dejar su obra a la intemperie y manipular en ella con espacio suficiente para desahogo de sus talleres.

El modernismo, con sus necesidades y sus gustos, ha quitado el tipismo a este rincón en el que apenas si la porta-

da del Manchao, con su albardilla, recuerda el tiempo pasado, dando acceso a un patio descubierto, con su entrada pisa y estrecha, empedrada y mellada, hacia la siniestra mano que lleva a la cocina de la vivienda.

Todo lo de la izquierda es lo de Salazar, cuyo hijo puso en la esquina la carpintería y encima la escuela, que creo inauguró la figura quijotesca de D. Jesús Ruiz, el padre de Dositeo.

En el frente, además del Manchao y Pachurro,—Vicente Castellanos,—había varios vecinos: El Ñoño y después Bolúa, la Aleja la Loba, la Reina, mujer de Vicente el del agua, Carloto, la Paula la Durana... En el rincón opuesto a la portada que dió nombradía y popularidad a la placeta estaban el Cestero y Trifón y en la esquina de su lado, frente a Salazar, estaba la carpintería del Manchao, en una habitación chiquitina que le compró a Dos Gracias, que por algo se lo dirían, pero era un mozo viejo y muy feo. A la vuelta de esta esquina vivía Alicate y enfrente Candiales y más allá el Angel de Picapoca.

Más abajo de Sabaneta había otro carpintero, pues el barrio, por su sosiego y resguardo atraía a la garlopa: era Pajarillo, que hacía juego con el Manchao, con Gude el de las Aguas, con Emilio el Garbancero, con Doroteo y demás artesanos del convento próximo, donde somallaban el bacalao con especial arte. Como que Reguillo les hacía de bailar a las sardinas saladas ¡Si tendría ingenio! Y cuajaba las tortillas en el sombrero.

Los carpinteros han tenido siempre mucha preponderancia en las plazas de toros y en la de entonces, Pajarillo y el Manchao fueron los ases. Cuando llegaba el verano, Reguillo se pintaba el sombrero con almagra y sangre y lo colgaba en la Placeta. En las corridas abría el toril y si tardaba el toro en salir lo llamaba con el sombrero colorado. Uno de esos remolones se le vino encima con tanto brío que lo echó a rodar con el bufido y por poco si lo clava como una tabla en la barrera.

Como en las obras se revuelve todo y los gatos andan a salto de mata, estos maestros del cartabón y del escoplo tomaron a su cargo durante mucho tiem-

po mantener libres de ellos las casas en construcción. Y por eso hubo tantas veces arroz con «liebre» en la Placeta. E incluso disecado llevaron alguno en procesión en las encerradas, a cuyo frente iba Pajarillo tocando los hierros, que era su instrumento, porque no le entraba la solfa.

Del barrio y copartícipe de excepción era Isidrín, Isidro el Cabrero, que tomaba a su cargo el que las cosas fueran bien y que Zamarreta no soltara la guitarra hasta que amanecía, para ver bien por donde se iba, cuando había que celebrar algo, que era un día sí y otro también.

El penaero

NADIE que no lo haya pasado, puede imaginarse lo que suponía el estado de enfermedad en el hogar del humilde pardillo, trabajador, cabiloso y paciente, cuya vida escapa a toda ponderación y causa asombro que pudiera sostenerse.

Sobre la mezquindad de la tierra, nada generosa para corresponder a los cuidados del hombre, y los reveses atmosféricos; las nubes, los hielos, los aires o el sol arrebatando cosechas; las plagas de insectos, las desgracias de animales y los quebrantos en los aperos, se cernía la enfermedad familiar como la más tétrica calamidad; las calenturas, la tisis, el cáncer, el golpe que no mataba y dejaba lisiado o el parto malo de la mujer. ¡Qué cuadros aquellos! Si a fuerza de sacrificios se había logrado adquirir alguna tierra de labor, caudal único siempre, había que enajenarlo de mala forma dejando la casa sin ningún amparo y esperar a que alguien quisiera tomarlo para ir en busca del remedio.

Sentí en mi propia carne el problema. Lo he vivido luego muchas veces como

médico y oí los apóstrofes de D. Magdalena, víctima anterior de la penuria, en los portales de las casas, ante la resignada perplejidad de las familias: «¿Y a ver qué hacemos? ¡No se puede hacer otra cosa!».

El médico enjuiciaba al mismo tiempo que la enfermedad la situación de la casa, ateniéndose a sus posibilidades, y rara vez proponía soluciones inasequibles ni aludía a remedios que pudieran hacer sentir la pobreza más que la enfermedad misma.

Compartía con las familias sus amarguras y apoyaba con el consejo la solución económica para llegar al remedio de la enfermedad, marcando incluso la prelación cuando más de un enfermo requerían los cuidados de la casa: «vamos a salir de esto y luego empezaremos con lo otro», decían, aludiendo a lo que consideraban de más espera.

La salida era hacia el camposanto. Las gentes, concordes, al dar la cabezada, en lo que no había tenido remedio, seguían al muerto, murmurando. La casa quedaba ensombrecida y el hombre repetía entre suspiros quejumbrosos: «esto es un penaero y ná más, ¿pa qué se quiere vivir?».



Escuelas de aquí arriba

La Labor de Doña Piedad

COMO el barrio de la Estación, a pesar de su vitalidad, ha estado señalado hasta hace poco con el signo de afueras del lugar, las escuelas se concentraban allí abajo, como la vida toda y por aquí hubo siempre pocas, y de las pocas, la primera y la mejor la de D.^a Piedad. Como escuela formal se abrió después, del Cristo para acá, la de D. Demetrio, menudo y cascarrabias, y pare usted de contar, porque las demás lo fueron de «cagones» según el decir general.

Mujer comprensiva y tolerante halló el mejor medio en una vecindad campesina y optimista, que vivía a la buena de Dios, conforme con las estrecheces y las flaquezas y con el destino que marca la muerte como fin. Y a la vida del barrio y a su psicología quedó ligada la suya y la de su familia toda que en él desarrollaron el período central de su existencia.

Doña Piedad,—Piedad Sánchez Aparicio,—vino desde la Alameda por estar su madre,—Doña Matilde,—de maestra en nuestra aldea vecina. Y por los lamedños se conocieron a ella y a sus familiares, aunque su origen verdadero lo fuera Torralba de Calatrava.

Le salieron los dientes en la escuela y tan vinculados mutuamente que aún perduran, a los ochenta y dos años. como el primer día, dientes y escuela, como si el tiempo no hubiera pasado por ellos, más todavía, como si estuviera empezando y con las zozobras e incertidumbres de toda iniciación. ¡Es admirable el caso de esta singular maestra!, que debemos considerar como alcazarena, como ella se siente. No ha envejecido, ni físicamente ni en la profesión, **porque**

no pueda, porque es una gana pan, dice, desde que echó los dientes y esa necesidad de ganar el pan, que no es tan maldición como se cree, no ha podido desatenderla ni un día y por eso se conserva ágil, activa, despejada y dispuesta como si estuviera empezando, porque las mismas dificultades tiene que al comienzo y con la misma desenvoltura las afronta. Su dentadura, fuerte, sana y hermosa, prueba de su buena constitución, le permite una pronunciación correcta, clara y firme que le da aire juvenil en su continuo batallar con los chicos, que no la dejan ni un momento y estando allí y hecho a similar esclavitud, le parece a uno que ahora está, si cabe, más en la escuela que antes y que hasta come y duerme en ella y sobre las mesas en que trabaja, en completa familiaridad con cuantas personas entran y salen, como era aquí antes la vida en el barrio de la Estación. ¡Qué maravilloso ejemplo el de esta mujer singular, casi única!

Graciosamente me dice que se ha plantado en los sesenta años, juzgándolo en relación con las apariencias, porque si dice lo de los ochenta y dos no iría ningún niño a la escuela, pensando los padres que nada les podría enseñar. Observación exacta, fundada en el conocimiento que tiene de la Humanidad.

Yo no sé ni he querido hablar nada de esto con ella, maravillado y seducido por su vivir, qué relaciones habrá tenido o tendrá con la enseñanza oficial, pero si ella, como supongo, fiada en su fortaleza y en la eficacia de su trabajo, no buscó la comodidad de las protecciones estatales, bien merece que el Magisterio, por su propia estimación, ampare y proteja esa vida ejemplar y fecunda, cuya pertenencia le corresponde y podrá presentar siempre con orgullo en los anales de la profesión.

Desde que nació entre los chicos, no tuvo infancia. Ella dice que nació

vieja, es decir, con las obligaciones de los mayores, las de ayudar a su madre a ganar el pan y su juego fué enseñar a los chicos y cuidar de la escuela; jugó a trabajar y como el que se habitúa a echar sobre sí las obligaciones y las necesidades de la familia nunca se vé libre de ellas, ella las tendrá sobre sus hombros hasta que se rindan: en la escuela nació, en la escuela se crió, en la escuela se casó aunque como si no y en la escuela y gracias a la escuela ha soportado todas las incidencias de la vida con una entereza y una austeridad ejemplares, sin juegos en la infancia, sin expansiones en la juventud y sin comodidades en la vejez.

El monje, por lo común, muere solo en su celda, helado, como el pájaro en la jaula, sin que se entere nadie, hasta que se aperciben de que ni canta ni revolotea. Y entonces se acude a la estancia fría a retirar los restos de una vida triste.

Cuando el pajarillo muere, todos creen que fué sin causa o motivo, porque en lo mucho y lo bien que cantaba nadie quería ver la necesidad, la ilusión y la esperanza truncadas del avecilla enjaulada; solo los chicos se quedan boquiabiertos al ver el pajarillo caído, el comedero y el bebedero intactos y el silencio de la muerte entre los alambres; solo los chicos, D.^a Piedad, en su ignorancia y en su amor inocentes, que usted conoce como nadie, son capaces de sentir emoción por la muerte del pajarillo y ellos, que han ahuyentado con sus travesuras todos los motivos de preocupación de la vida que usted les entregó, ellos, que son eternos también como los monjes, que uno se va y otro viene, tendrán de usted un recuerdo imborrable, un ejemplo difícil de mejorar y, ya lo vé por las chicas alcazareñas, un agradecimiento de su labor y un orgullo de considerar a su maestra que hasta se nos

ha contagiado a los que no tuvimos la suerte de ir a su escuela.

En los baules viejos que quedan arrinconados por los desvanes alcazareños, esperando algún reparto de bienes que los arroje a la lumbre, hemos hallado algunas fotografías de esta memorable «labor» de Doña Piedad, que alcanzarán más larga vida incluyéndolas en esta obra.

En la primera están, de arriba a abajo y de izquierda a derecha:

Primera fila: 1. Trinidad Parra, la hija mayor de Ciriaco y de la Villamara.

2. Pepa Jiménez, la que fué novia de Peitavi el mayor y estuvo para casarse con Inocente el de la Cayetana, hija de uno del Recorrido.

3. Lola Villacañas.

4. Paca Oller, la hija del Ratón, andada de la Genara de la Moracha, con la simpatía, la bondad y la conformidad que era símbolo del barrio de la Estación.

5. Teresa López, la hija del Jefe, Fernando López.

6. Isidra Manzanares, la mujer de Vicente Collado.



7. Otra López, pues eran varias.

8 y 9. Consolación y Elena Ruiz, las de Socorro, también matizadas con el signo de la sencillez y naturalidad del barrio citado.

10. Crisanta Rodríguez, con sus entradas y sus salidas

Segunda fila: 1. Agustina Coca, la que se casó con Abillio.

2. Antonia Gómez, la de la Dositea o el genio abierto.

3. Carmen Jiménez, hermana de la Pepa, residente en Alcantarilla.

4. Aurora Panadero, la sobrina de la Moya.

5 y 6. Pilar y Antonia Morollón; Morollón y Ramos, porque son Calcillas y Peluzas, dos ramas netas de alcazarenismo puro.

7. Anita Megías, la del vigilante del Recorrido.

8. María Leal Vela, nieta de Juan el Mueso, de mi gente. Se murió de mal de ojo. A pesar de pesarla con torbisco no le valió, se fué consumiendo poco a poco, se quedó como un pajarillo y dobló el pico.

9. Rafaela Cañizares, la de Chala.

10. Evaristilla Rodríguez, la hija de Salvavidas.

11 y 12. Teresa y Antonia Sarrión, las de Antón.

Tercera fila: 1. Antonia Vela, la de la Faustina, que se casó con Salvador Soria.

2. La Josefilla de José Rufao, Josefa Mazuecos y Pérez-Pastor.

3. Pilar López, la del Jefe de Estación, tan apuntalada de cintura como de cuello.

4. D.^a Piedad que, como las que la acompañan, se ceñía bien el corset sin disimular por eso lo que les sobraba.

5. Amparo, la hermana de la maestra, que trocaba bastante la vista y el genio no menos.

6. María Collado, la de Cepillo, tan pizpireta y sin entornar los ojos. Para que se vea lo que es retratarse.

7. Presentación Córdoba.

8. ¿Modesta Díez? Todo el mundo dice que sí, pero ella dice que no y por eso no se ha casado.

Cuarta fila:

1. Desconocida.

2. Carmen Te-

jero Meco, con los brazos cruzados, porque ya entonces era una malva.

3. Consuelo, hermanilla de las de López.

4. Marina Martín, que vivía en casa de Carabaño.

5. Aurelia.

6. María Meneo.

7. Desconocida.

8. Paula Abengózar.

9. Amelia Sarrión.

10. Desconocida.

Quinta fila: 1. Ambrosia de la Florentina de Mella.

2. Polonia Ramiro Alvarez, la de Facó el Medio.

3. Paz Villacañas.

4. ¿La Modesta? Eso dice ella, pero nadie se lo cree.

5. Eustaquia Leal, la cojilla del Mueso.

6. Chico.

7. Antonia Rodríguez, la otra de Salvavidas.

En la segunda fotografía figuran:

Primera fila: 1. Gabriela Mazuecos Ramos, la del Jaro Rufao.

2. Teresa López, la del Jefe.

3. Crescencia Encinas.

4. Aurelia Delgado, la hija de Juan Antonio el maquinista.

5 y 6. Carmen e Isabel Morollón, dos de las de Calcillas, el tonelero.

7. Enriqueta López, la de Sabitas, hija de Telesforo el del café de la Paja, de la que se hablará luego.



8. Aurelia Maderuelo, la que se casó con Moisés Mata, el de la imprenta, que era, Dios lo tenga en la Gloria, sobrino de Chichín y primo hermano de Ulpiano el zapatero.

9. Juliana Sánchez, la campesina, la de la Juanita de Bernal.

10. Julia de Miguel, la sobrina de la Antonia del **Encargao**.

11. Anita, la sobrina de Pablo Cerro.

12. Otra de Miguel y sobrina de la Antonia del **Encargao**.

13. Oliva Vaquero.

14. Otra del Mueso.

Segunda fila: 1. Contra el quicio de la cuadreja, la madre de las Sabitas, Pilar, que aún estando agregada y como aparte, parece la figura principal de la fotografía, lista, viva, bien portada y señorial

2. Joaquina Tolosa.

3. Lucre Encinas.

4. Paulina Abad, hermana de Dieguito.

5. ¿Una Canillas?

6. Lola López, Sabitas.

7. Teresa Olivares, la del carpintero de la calle Almagueta

8. Rosario Lozano, sobrina de Julio el avisador de la calle Resa.

9. Emilia la Chevena.

10. María Vallés, la hija de D.^a Gertrudis la cocinera.

11. La Pilar de Sabitas.

12. Apolonia Encinas.

13. Teresa Cortés, la del Cojo.

14. Palmira Sierra, la hija de Paco.

15. Bienvenida Fuentes, la de Cayetano.

16. Adora Camacho, la Lillera.

17. Paz Córdoba, la hija del tío Esteban.

Tercera fila: 1. Una de la Cruz.

2. Amelia de Miguel, la hija de Matilde, la hermana de la Antonia del **Encargao**.

3. María Collado, la de Cepillo el sastre que criaron Pedro Advíncula y la Sebastiana.

4. Amparo, la hermana de la maestra

5. Doña Piedad.

6. Pilar López, la hija del Jefe, que nunca faltaba a la hora de retratarse.

7. Pilar Ortega, la de Francisco el Pellejero, que se casó con Ismael Milán.

8. Leocricia Camacho, la Lillera.

9. Desconocida.

10. Una sirvienta del barrio, que presumía de cara y le gustaba enseñarla.

11. La hermanilla de la María de Cepillo.

Cuarta fila: 1. La movida de la fotografía, Trinidad Bustamante, la del Zorruno.

2. Pilar la de Calcillas, fallecida.

3. Paca Logroño, hermana del Cojo el guarnicionero de la calle Ancha.

4. Fredesvinda Ramos, la de Bernabé Peluza y la Guillerma.

5. Consuelo López, hermana de Pilar la del Jefe.

6. Desconocida.

7. Antonia Morollón, la de Calcillas, casada con Rafael Alcolado.

8. Josefa Ortega, hermana de la Pilar del Pellejero.

9. Felisa Gallego, fallecida.

10. Crescencia Cortés, la del Cojo.

11. Celi Vaquero, la otra de Ventura.

Quinta fila: 1. La hermana de la Trinidad del Zorruno.

2. Sofía Maderuelo, la hermana de la Aurelia,

3. Pilarcilla, la de Marchani.

4. Julia, la del Viejo.

5. Pilar Tolosa.

6. Teresilla, la de Vedejas.

7. Leocricia Camacho, la Lillera.

Sexta fila: 1. Desconocida.

2. Otra de la Cruz.

3. La hermanilla del niño que lleva en brazos la criadita de arriba.

4. Amanda de Miguel, hija de Matilde.

5. Telesfora López, LA FORETE de Sabitas, que se citará luego.

6. Desideria Maderuelo, la que está en Villacañas.

7. María, la hija de la Juanita de Bernal, hermana de la Anita.

8. Rosa Garrido, la de Alfonso el de La Equidad.

9. Anebeliana Camacho, la Lillera.

En esta tercera fotografía, más reciente, se encuentran:

Primera fila. 1. Fraternidad Comino Lucas, la chica de Manuel el practicante.

2. Desconocida.

3. María Climent, hija de Miguel.

4. Carmen Gómez, la hija del Jefe, que se casó con Laurentino Carrascosa.

5. Agustina Guillén, la del maestro asentador.
6. Caridad Collado, la hija de otro Jefe, que se fué a Sevilla sin perder la silla.
7. Luisa Cerro.
8. Angelita Izquierdo, que vive en la Cruz, casada con un chico de la Alejandra la Lillera
9. Desconocida.

Segunda fila: 1. Caridad Vaquero, la de Marcellillo.

2. Isabel Vaquero, su prima, hija de Serapio, que se casó con Arturo el de Jesús Vaquero.
3. Juliana, la de Colique.
4. Juanita Gamito, hija de Tomás.
5. Isabel Collado, la hermana de la Cari.



6. Adoración Rodríguez, la de Sacramento el churrero.
7. María Jiménez, la que se casó con el de Micó.
8. Antonia Cerro.

Tercera fila: 1. Amelia Climent, hija de Miguel.

2. María Micó
3. Pepita Musulén.
4. Antonio Rivas Sánchez, sobrino de Doña Piedad.
5. Doña Piedad.
6. Crescencia Cortés Martínez, la hija del Cojo.
7. Excelia Cortés, hermana de la anterior.
8. Desconocida.

Cuarta fila: 1. Desconocida.
2. Desconocida.

3. Paca Paniagua, la de El Acabose.
4. Antonia Paniagua, hermana de la anterior.
5. Desconocida.
6. Matilde Sánchez Marcos, sobrina de D.^a Piedad.
7. Elisa Ramírez, la del tenedor de libros de la Fábrica de Harinas.
- 8 y 9. Basílisa y Angelita Madrid Cerro.
10. Carmen Jiménez, prima de la mujer de Micó.
- 11 y 12. Luis Musulén y Piedaita Rivas, sobrina de la maestra.

Estos recuerdos han traído al pensamiento una vez más aquellas personas y aquel ambiente gratísimos del Paseo, que acogieron a D.^a Piedad desde su llegada como si hubiera nacido allí.

Una de las familias más caracterizadas de aquel medio, la de Sabitas, fué la más allegada desde el principio y con ella se enlazó indirectamente la profesora por el matrimonio de su hermana Amparo con Faustino, que no era Sabitas del todo, sino de la familia política.

Nada de esto puede considerarse excepcional en el citado barrio, pues en él el buen trato y la campechanía eran habituales, como brote espontáneo de una gente sencilla y natural, contenta de su destino, que se conducía sin reservas y obraba con nobleza, dando lo que tenía, como aquella mañana que llegó un chico equívocado a comprar tabaco a la barbería y Emilio el Pámpano, que estaba sentado leyendo el papel, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un puñado, diciendo:

—Toma esto poco menudo que tengo y arréglate.

Porque allí todo el mundo tiraba al arreglo y a apañarse con la más gozosa conformidad.

El fundador de la dinastía de los Sabitas,—Sabas Villalba,—era maquinista, con media lengua, muy popular y dado a la broma. ¿Es que no se vé en el retrato que se hizo en la compañía de la Josefa, su esposa, que tiene rasgos saínetescos?

Era muy friolero y como nunca se quitaba la bufandilla, la gente lo tomó como el **non-plus** y cuando veían a alguien muy arropado le decían:

—Tienes más frío que Sabitas, que se lavaba la cara con el tapabocas puesto y el pito en la boca.

Entonces se hablaba mucho del «gálico». Los amigos le mandaron a su casa un paquete de la botica con algodones, lavativa y medicinas conocidas, de uso vulgar en aquella época y lo cogió la Josefa, que movió una tremolina fantástica.

El lo tomó con calma y decía:

Pada mujer, si eso no es **pada** mí; es **pada** mí **fogonado** que está **costipao**.



El tío Sabitas, —Sabas Villalba,—y su mujer, Josefa García, una de aquellas mujeres, más bien delgadas, sin llegar a secas, de piel finísima y suelta, como la de Ulpiano, como la de Calero, como la Joaquina de Peluza y otras muchas, con madera para vivir mil años si la carga de la familia y de los maridos no las hubiera quebrantado anticipadamente.

Un día, al salir para Andalucía, se dió cuenta de que no habían tomado la copa de aguardiente acostumbrada y le dijo al fogonero.

—¿Te apuestas a que tomamos en Cinco Casas la copa de aguardiente?.

—El único que la puede dar es el factor y está usted mal con él.

—Pues ese mismo nos lo va a dá; ya verás.

Al parar el tren, se apeó Sabitas de la máquina retorciéndose y simulando dolor. Los viajeros se acercaron a ampararlo y él pidió un poco de aguardiente para calmarse el dolor.

Recurrieron al factor que, a regañadientes, les dió la botella que contenía un pepino en aguardiente.

Sabitas la medió de dos tragos y se la entregó al fogonero, diciendo:

—Toma **homba**, échate un **tago** que **tus asustao** mucho.

Entre los dos dejaron el pepino seco y el tren se puso en marcha.

Tenía tres hijos: Pilar, que se casó con Telesforo, el del Café de la Paja; Enrique, encargado del Recorrido, que se casó con una de Marchany y Carlos, que se casó con la Isabel de la Ana Valdepeñas.

Pilar y Enrique solo tuvieron chicas, pero Carlos tuvo cuatro chicos y una chica y fué el que extendió la dinastía de los Sabitas.

La Pilar, que es la figura arrogante del retrato segundo de la escuela, tuvo cuatro hijas: Enriqueta, guapísima, que se casó con un ricachón del Tomelloso; Lola, que fué un temperamento viril que jugaba a **píndola** y hartaba de correaos a todos los chicos. LA FORETE, Telesfora, como su padre, fué campeona de tennis en Madrid, viviendo en la calle del Dr. Fourquet, cerca de la taberna de Correas, el mayor de la Junquilla.

Ser campeón, en lo que sea, es siempre un mérito innegable, pero serlo de tennis una chica del Paseo de Alcázar en aquella época, revela unas condiciones naturales nada comunes, sobresalientes incluso en el despejo nativo que distinguía a esta familia y a la vecindad toda y este hecho acredita de sobra las cualidades de sociabilidad, distinción, espíritu deportivo y de lucha de la singular FORETE, cuyo recuerdo me complace mucho poder dejar en las páginas de estos libros como uno de los destellos de nuestro pueblo, en el que no falta casi de nada a pesar de lo de la leche y de la indiferencia con que se acoge todo.

Carlos, el otro hijo del tío Sabitas, era ferroviario y tuvo aficiones taurinas, conociéndosele con el apodo de «Tripalisa», pero así como el destino le favoreció para perpetuar el nombre de la familia, la afición no pudo transmitirla porque una vaquilla que le echaron en Pedro Muñoz, por la feria, lo dejó al pobre *sin ganas de pensar en la herencia*. Hombre de recursos, sin embargo, como eran ellos, no se resignaba a perderlo todo y le traspasó las ganas al mayor de sus hijos, Sabas, que en unión del célebre Lichi, intentaron escalar la gloria, pero el vértigo de las alturas les hi-

zo quedarse limpiando máquinas de ferrocarril.

También D.^a Piedad tuvo sus pujos líricos. ¿Y a qué, si no a ellos, debe su lozanía actual?



La Forete.—Telesfora López Villalba,—alcazareña, hija de la Pilar de Sabitas, Campeona de tennis que fué en Madrid.

Las flores de su espíritu están marchitas, ciertamente, pero no muertas y en su bullir se percibe todavía el aleteo de la ilusión no lograda, que nunca llega a caducar.

¿Que había que comprar unos faroles para San Lorenzo, en la Alameda? —Pues allá iba D.^a Piedad con su tropa

a celebrar un festejo para recaudar dinero.

¿Que ocurría una desgracia nacional como la del Barranco del Lobo?. Allí estaba D.^a Piedad a organizar un beneficio para nuestros soldados.

Y así siempre, contenta y dispuesta, empujada por la ilusión indeterminada que como llama de fuego en las tinieblas de la noche, anima y atrae, removiendo los fondos de la esperanza y estimulando las energías hasta el fin para ir en busca de su logro, como le sucede a ella, pues hasta cuando ya nada es posible ni se espera, queda un elemento vital, inextinguible, que es el que todo lo puede, el que todo lo sostiene, en las personas que por no haber alcanzado la dicha viven más y viven siempre como azuzadas por el anhelo de lograrla, no reconocible en nada pero efectiva en todo.

Doña Piedad se fué de Alcázar dejándose aquí los treinta años centrales de su vida, lo mejor de ella: su mes de Mayo y sus flores. Alcázar las guardó en el jarro donde ella las puso en agua y ahora, a la vuelta del camino, este chico del barrio, rodeado de todas las chicas que fueron a su labor, puede ofrecerle el haz de astiles de aquel manojito que no se había perdido ni olvidado y decirle que, si bien no pudo impedirse que se secara, porque es ley de vida, se guardó con tanto amor que, en sus pinchos ressecos, llevan prendidas, con los girones de nuestra ropa, las más entrañables prendas de cariño y de agradecimiento hacia su persona, cuya gallardía seguiremos admirando como el más sobresaliente ejemplo de su magisterio.

SUCEDIDO

EN la Alameda, se puso mala una vecina.

Según iba empeorando, crecía entre todos la zozobra por llamar un médico y decían:

—No va a haber más remedio que llamar a alguien.

Por fin vinieron a Alcázar y la llevaron a uno, que le recetó un «bebío» y unas píldoras.

Al llegar el hombre de las hazas preguntó si había ido el médico y le explicaron lo ocurrido.

—Bueno, bueno, pero que el médico se tome la mitad antes de dárselo a ella, para ver el efecto que le hace, y, si le va bien, le daremos a ella la otra mitad, ¿eh?; no vayamos a echarla a perder del «to»

La Simona

Bonifacio y la Simona estaban de buen año. Bien se ve. Era un matrimonio muy equiparado en peso y en carácter, bondadosos y tratables, lo que se dice a carta cabal. Con el tiempo llegaron a diferir un poco en el detalle de la aplicación, tan ostensible en la vida alcazareña y reiteradamente puntualizado en el curso de esta obra. Y esa diferencia la señalaba el pueblo con sus decisiones soberanas, concediendo la supremacía a quien lo merecía y por eso la taberna aquella de la calle de Almagueta, tan fresquita, tan limpia, con las mesas y las sillas tan nuevas y tan blancas, tan agradable, se le llamó siempre la taberna de la Simona.

Bonifacio,—Bonifacio Racionero Requena,—despejado y excelente persona, era de los del Arriero Pobre y en los buenos tiempos de Eugenio Santos iba con el carramato a llevar y traer cosas a Consuegra.

No tuvieron hijos y la Simona,—Simona Barrilero Delgado,—temperamento vibrante, fresconaza y colorada, nieta de la tía Hilaria del Horno y basta, echó ramo y se puso a vender vino en su casa, con una meseja pequeña que tenía. Poco a poco, sin tener nunca puerta a la calle, hizo aquel gran refugio de buenos catadores que siempre estaba lleno y atraía a la gente de los barrios más lejanos.

La prosperidad lograda con tanto trabajo de la Simona, mientras los dos estuvieron ocupados, puso a prueba el equilibrio de la casa, demostrando una vez más, la dificultad de mantenerse en la posición lograda, superior a la dificultad de conquistarla, por apartarse de la buena norma que sirvió para hacer los primeros ahorros.



La plata que sonaba en la faltriquera de la Simona,—duros, medios duros, pesetas y reales, mezclados con perras gordas, perras chicas y centimillos,—debió inducir a Bonifacio a reflexiones más duras sobre lo que podría ser su vida futura, cosa que ha pasado aquí a todos los hombres de suerte, por tener mujeres de iniciativas y disposición para realizarlas y consideraría que qué necesidad tenía de andar por el camino sufriendo los traqueteos del carro, además de que la bodeguilla necesitaba un hombre que nadie podría serlo mejor que él y así era pero la sobra de tiempo y el tener las espaldas bien guardadas por la mujer, a la que no le sobraba ni un minuto, permitía alternar en las tertulias y en las mesas del tapete verde cuya sangría no bastaba a compensar la aportación de la laboriosidad femenina y poco a poco aquel patio magnífico corrió su tolo definitivamente, dejando en la penumbra a esta pareja que debió tener una vida brillante y creadora y la tuvo cierto tiempo, porque hallaron oportunidad y les sobroban condiciones a los dos para llevarla bien, sobre todo a ella, que no desmerecía del grupo de mujeres notables de Alcázar que se vienen recordando.

En su tiempo, las bebidas se refrescaban en los pozos y ella tenía dos cajones con agujeros y uno subía y otro bajaba, todo a brazo y sin ayudas de nadie.

La Simona no sabía leer ni escribir y para recordar lo fiado llevaba un cuaderno con señales. A los hortelanos les pintaba un árbol o un cangilón. A otro, un borrieco. A los tuertos, una cara con un ojo solo. Marcaba la arroba con un redondal, la media arroba partiendo el redondal con una raya, los litros con rayas solas etc. Con sus mañas y con la seguridad retentiva que gozaba hubiera podido llevar las cuentas de la Alhóndiga, que fué otra empresa que también lo tentó y quebrantó a Bonifacio. La Simona, sin embargo, no dejó de trabajar mientras pudo y aunque no lograra el lucimiento que merecía, gracias a ello y a la Abrahana, pudo acabar sus días en completa tranquilidad, que es lo menos que se le podía conceder a una mujer de sus condiciones.

Enfrentarse con la vida de otra persona es de lo más emocionante y aleccionador y si se la ha tratado, mucho más. La Simona fué de tanto provecho como la que más, pero de mucha menos energía que la mayoría de las alcazareñas ejemplares para defender su ganancia, acaso por no tener hijos, que fueron la perdición de otras. Bonifacio gozó de todos los privilegios del hombre hijo único y tuvo la suerte de morir antes, para no sufrir los inconvenientes que le hubiera acarreado la soledad.

La vida de la Simona nos dejó el ejemplo de la labor y la necesidad de imponerla a los demás y defenderla de las apreciaciones frívolas o de conformidad fácil para sestear al abrigo de lo allegado.

La casa de la Gorgusa

la Gorgusa para ver el movimiento de la Plaza, como los gavilanes en las aspas del Ayuntamiento.

LA casa de esta mujer varonil, que fué rabichera y llevaba el trabuco debajo de las sayas, estaba en los portales de la Plaza, por donde vivió la Relojera la partera, otra mujer de pelo en pecho.

Los portales iban desde la esquina de la Marina Carreño hasta la casa de Frasco.

En este instante que, indolentemente, desfilan por el pensamiento imágenes del lugar, se me presenta esta casa y me asalta una duda tremenda: ¿Quién haría esta casa? Porque no recuerdo más que otra y no igual en el pueblo, la de la Torrecilla, donde tuvo últimamente su oficina Heliodoro Sánchez. En cambio las hay numerosas en Levante, en Andalucía, en Toledo... Contrahecha, no parecía ni era una casa de las nuestras. No tenía piso bajo habitable. Se subía a la planta alta, que era bien baja y único piso de la casa, por una escalerilla estrecha, capaz para una persona, muy empinada, con peldaños de yeso, gastados de subir y de bajar y las paredes panzudas, con gruesas capas de cal.

El corredor, que daba a la calle, estaba tabicado con adobes enlucidos y enjalbegados, tenía en el centro una ventanajea sin reja en cuyo alfeizar se apoyaba

La puerta, que siempre estaba abierta, pintada de almagra, como la ventana, tenía un orificio redondo a la derecha, en la parte baja, para que los gatos entraran y salieran libremente, porque la Gorgusa, tan celosa de que los contrabandistas no se le escabulleran, respetaba el derecho a la vida de todos los seres que la rodeaban y les permitía que se defendieran libremente, ya que ella no tenía dificultades en la caza de los ratones, con cuya sangre preparaba un menjurje para que los hombres quisieran a las mujeres, y se lo daba bajo cuerda a las que le confiaban sus pesares por el desdén de los hombres. ¡Y que no fallaba, porque se ponían lelos y no se apartaban jamás de la que les propinaba el brevaje! ¡Qué maravilla y qué misterioso acatamiento de todo el mundo, que lo comentaban asombrados, con el mayor sigilo, para que no llegara a oídos de los hados, pues la cosa ya no tenía remedio y el tonto, tonto se quedaba para siempre.

Aquella casa, cubil de bruja, con su puertecilla y escalereja, ofrecía un contraste singular entre las demás de la anchurosa Plaza. ¿Quién tendría la idea de construirla y con qué fin, cuando disponía detrás del campo raso de los Sitios? ¿Sería algún vendedor de la Plaza, venido de la tierra levantina?

Viejas noticias informativas

POR amabilidad de D.^a Gloria Pinilla, viuda de Manolo Pinado, ha sido posible leer unos números de «LA VERDAD», periódico quincenal que se publicó en Alcázar el año 1906, dirigido por Juan Leal. Es uno de los muchos periódicos que se fundaban para las elecciones y cuya vida se circunscribía al período electoral.

Esta VERDAD fué en aquel período la del Conde de las Cabezuelas y sus comentarios del momento, siempre interesantes, no hacen al caso que aquí nos ocupa.

Don Gonzalo escribía allí con el sobrenombre de OCHARAN, que era el segundo apellido de su padre.

En uno de los números hay la noticia de que el médico del Puerto-Lápice, que atendió a Azorín en su viaje, como se decía en el trabajo dedicado al glorioso maestro en el fascículo anterior, Don José Antonio Alarcón, que era de Cripтана y que hacía aquel periódico que llevaba al Casino del Puerto los domingos para que lo leyeran sus amigos, publicó en Octubre de aquel año un número extraordinario de LA PARODIA, con lo que queda averiguado cómo se llamaba dicho periódico. Lo imprimió en su pueblo, en la Imprenta de Sancho Panza, donde también se imprimía LA VERDAD, de Alcázar, cosa lógica siendo del Conde, que siempre se inclinó a lo campesino. La noticia aplaude a D. José Antonio por mantener en un pueblo tan chico un periódico, que era signo de adelanto e ilustración, decía LA VERDAD. Y era verdad, porque en los demás pueblos grandes de la comarca nadie era capaz de hacer otro tanto. Por eso sería muy interesante conocer el periódico de D. José Antonio. Nosotros hemos hecho lo posible, pero, con poca suerte, hasta ahora.

En Alcázar se publicaba también, con carácter de más permanencia, LA HOJA

PARLANTE, que dirigía Angel Alvarez Arias, sobrino de D. Joaquín, en los tiempos que Emilio Paniagua hacía sus primeras armas.

Don Joaquín murió por aquellos días y el padre de Juan Leal, también, casi al mismo tiempo.

—Noticia sensacional de aquel período fué la dimisión de Estrella, como Alcalde.

—Y también lo fueron la muerte del prestigioso notario D. Trinidad Elías y la de un señor de Herencia, D. Manuel Rodríguez de Liébana,—en Herencia todo el mundo tiene apellidos rimbombantes,—que por lo visto era el marido de su hija Fernanda, a la que todos creíamos soltera, cuando se casó a última hora.

—Por aquellos días se casó también, el hijo de D. Felipe Arroyo con la Concha Vilaplana y Fortunato Roperero con la Segunda Mínguez.

—Y en la quinta del aquel año entró mucha gente de bulla.

A Jesús Esperón, le echaron el 4; a Julián Tejero, el 6; a Teodoro Sánchez, el 7; a Alejandro el de Ulpiano, el 11; al bizco de Perra, el 21; a Pablo Librado, el 36; a Pablo el del Rulo, el 39; a Olivares el médico, el 49; a Julián el del Dano, el 54; a Antonio López Tapia, el 53, a Eusebio Quinica, el 59; a Víctor Castellanos, el 66; a Pascasio el de las Tocinillas, el 82; a Antonio Montealegre el albañil, el 86; a Rafael el Mono, el 87; a Teodoro Urbán, el 99; a Eulogio Quintanilla, el 102; a Paco Manzaneque, el 114; a Daniel el del Sr. Bernardo, el 118 y a Félix Peñuela, el último, el 119.

Antes y después de esto que nos recuerda LA VERDAD, hubo otras noticias que también merecen apuntarse, sobre todo las del año 1905. Pero antes referiremos un sucedido muy reciente que guarda relación con D. Gonzalo.

Tenía este un hermano cura, llamado Ramiro, al que conocí un día en la boti-

ca y que vivía en el Quintanar, donde ambos nacieron. Cura de aquellos acaudalados, con labranza grande y faltriquera bien sujeta.

Hace unos meses se presentó en mi consulta un matrimonio con buena traza de labradores, afables, llanos, francos, bien portados y de buena presencia.

El hombre procuró ponerme al tanto de sus relaciones con la familia de don Gonzalo y al ver que le conocía bien, me dijo que había sido toda la vida el mayoral de D. Ramiro. Era evidente que el mayoral había alcanzado holgada, legítima y merecida posición, pero al preguntarle otra persona la profesión, cuando le hacía la historia clínica, dejó correr la socarronería manchega y, encogiéndose de hombros, contestó sonriente.

—¡Miatú!: Arati, cavati y en tu casa estati!

Porque así es el gremio del terrón, que diría Ricardo Valle.

—Por la Pascua se festejó mucho la magnífica cabalgata organizada por el quijotesco pintor alcazareño Antonio Murat, temperamento original y simpático, de levantado espíritu romántico, merecedor de los mejores recuerdos de sus paisanos, si sus paisanos reparasen en esas minucias.

—En esta época se dió una racha de desaparición rápida de personas calificadas de la ciudad.

—Se murió Antolín Escribano, oficial primero de la notaría de D. Oliverio, que intervenía mucho en todos los aspectos de la vida local.

—Joaquín Casero, el de la Alameda, hombre cuidadoso, amigo de la lectura, íntegro, que hizo un capital con su trabajo y mereció la consideración y el respeto generales.

—Francisco Marchante, el de la madera, joven, bueno, generoso, jovial y emprendedor, que gozaba de muchas simpatías. Dejó a Cirilo chiquitín pero con la sólida columna de la Sra. Antonia orilla.

—Poco después, D. Felipe Arroyo.

—Y por entonces trajeron a Alcázar desde Madrid los restos de D. Federico Alvarez Navarro, acontecimiento muy sentido entre todas las clases sociales,

por las singulares dotes que adornaban al difunto y por el generoso desprendimiento que tuvo con muchos necesitados, particularmente, y con la ciudad entera, al fundar el Hospital Asilo actual. El pueblo en masa acudió a acompañarle a la última morada.

—Después trajeron desde Criptana los restos del Coronel de Marina D. Rafael Peñaranda, cumpliendo la voluntad del difunto, de ser enterrado donde nació.

—Y a poco murió en Madrid la «Niña», D.^a Pilar Baillo, esposa de D. Enrique Bosch y prima hermana del Conde de las Cabezuelas.

—Entre tanto duelo, D. Angel, el de la Cera, que era muy templado y de buen humor se lanzó a las tablas y presentó en el Teatro de la Plaza su «cine-grama cantante» con un éxito rotundo, reproduciendo las escenas reales de la vida, como decían los papeles.

En combinación con el «cine-grama cantante» llevaba a las «Petits Frères», tres niñas que cantaban primorosamente. El éxito fué tan grande, que D. Angel repitió al año siguiente con su cinematógrafo y el trío Lucerito. Las obras del Casino le restaron lucimiento y espectadores, acabando con sus escarceos de empresario.

—Por las mismas fechas se instaló en el Corral de Cañizares el Circo Bernabé, espléndido espectáculo donde venía Trino, que luego quedó avecindado aquí. Fué un éxito sin precedentes el de aquel equipo femenino.

Se comentaba en esos días muy favorablemente la gran instalación de la fábrica de gaseosas «La Prosperidad», montada en la antigua Montijana, que es donde sigue. El tiempo ha demostrado el acierto tenido con esa fábrica, que ya en aquella fecha prestó buenos servicios, pues el sexo feo que asistía al circo necesitaba muchos refrescos durante la función y con todo y con eso se berreaba más de la cuenta.

—En Mayo de 1905 murió el popular ORSINI, dueño de la primera fonda que hubo en Alcázar, en la calle del Cuartel, hoy Pintor Lizcano, esquina a la carretera de Criptana.

Su verdadero nombre era Saturnino Díez. Lo de Orsini se lo puso D. Juan

Alvarez Guerra, que fué a morir casi en la misma fecha. Aunque no era totalmente honorable el remoquete él lo aceptó con gusto y se lo llamaba a sí mismo, tal vez pensando que llamándole como le llamaran, siempre sobresaldría su bondad, su honradez intachable y su fidelidad, por encima de todos los nombres. Hizo muchos favores con su bolsillo y con su influencia a todo el que se le acercaba pidiendo.

— En Febrero de ese mismo año empezó a vender Lope Barco en su ferretería del chaffán de la calle del Mediodía las cafeteras individuales a 1'25 pesetas, de las que se hizo gran consumo.

La casa de este establecimiento se llamaba en tiempos «Carcel de la Corona», según refiere Manzaneque, por estar destinada en la época del Priorato a casa de corrección de clérigos de los pueblos que componían el mismo. Esta casa tiene el número 1 de la calle Resa y tres fachadas: la de la calle Resa, Independencia y Mediodía, esta última espléndida por su iluminación solar. Fué reconstruída por Fulgencio Barco, personalidad notable de Alcázar en su tiempo y padre de Lope.

— Antes de esto abrió Pedro Escudero su establecimiento del Paseo, con el carácter de ultramarinos, pero teniendo de todo y en la inauguración no faltaron las pastas ni el buen vino y el baile.

— «Frasco» también abrió por entonces una magnífica carnicería y salchichería en la calle Castelar.

Y la sociedad Palmero y Montón extendió sus negocios adquiriendo los de la razón social «Central de Castilla la Nueva», fábrica de electricidad, suministrando luz a Alcázar, Criptana y Herencia. Hasta ese momento Palmero y Montón se habían dedicado a las industrias harinera y vinícola, llegando a constituir una de las entidades más potentes de la Provincia.

Se hicieron cargo de la fábrica de la luz, estando en muy mal estado. Los nuevos empresarios se esforzaron por que hubiera luz en el teatro para la feria y la gente se alegró mucho de poder verse las caras durante la función.

— Una muerte sonada fué la de D. José María Cepeda, de Tomelloso, hombre

rico, considerado como el más hábil factor del caciquismo manchego y que favorecía a manos llenas a todo el mundo. Cepeda fué una potencia de las grandes.

Coincidiendo con esa defunción tan resonante, se hizo cargo de la Banda de música de Alcázar D. Federico Gassola, que no sonó menos. Venía precedido de justa fama y recomendado por el insigne maestro Chapí. En la feria de aquel año fué ya considerada la Música como la primera de la provincia.

— Al pasar el invierno abrieron su Academia para carreras especiales D. Diego Galiana y otros profesores.

— Y se murieron en Dos Barrios los hermanos D. Leopoldo y D. Vicente Jaén y Jiménez, personas de gran relieve y grato recuerdo en Alcázar. El primero fué párroco de Santa Quiteria muchos años, era muy instruído, pero la escasa potencia y claridad de su voz le impidió llegar a ser un gran orador sagrado. D. Vicente gozó de gran predicamento en todos los aspectos de la vida alcazareña y se casó con la Millana, después de viuda, que no lo tuvo menor, sino al contrario.

Algún tiempo después, a principios del año nueve, murió el prestigioso farmacéutico D. Domingo Andújar, primer presidente del Consejo de Administración de las Aguas Potables de Alcázar y uno de los que más trabajaron para traerlas. Su nombre debe ser recordado siempre con agradecimiento por todos los alcazareños.

He tenido ocasión de leer un manuscrito íntimo de D. Magdaleno, que contiene algunos datos de interés sobre la vida alcazareña de su tiempo y sobre su persona y azares.

Al hacer su semblanza en el fascículo segundo, se dijo equivocadamente que había nacido el año 1886, en lugar del 66. El escrito a que aludo lo hizo el año 1930, teniendo 64 años, ya jubilado. Es evidente que no lo escribió para que quedara ignorado y que de haberlo conocido antes se hubiera completado y perfeccionado con su ayuda, muy complaciente para el caso.

Nació en la calle de los Muertos número uno, la casa de su abuelo Melitón y no pudiéndole criar su madre, por es-

tar embarazada de su hermana Concepción, la soltera, como él, que le acompañó toda la vida, a los siete meses lo trajeron otra vez con su abuela, también llamada Concepción: Concepción Cortés Montealegre, que lo tuvo hasta los diez y seis años.

Sus padres, José Antonio y Ramona, estaban en Vilches, en la casilla de la vía número 57, la primera de Vilches a Vadollano, en el kilómetro 297.

En el solar de esa casa de la calle de los Muertos hizo D. Magdaleno la suya 46 años después. La abuela Concepción fué por lo visto una mujer de condiciones excepcionales.

El abuelo Melitón tenía un hermano en Madrid, Patricio, que se fué por no tener trabajo, sin ningún amparo. Llegó a ser Procurador muy acreditado y rico, que dejó al morir la casa número 4 de la calle Zurbarano y otras varias. Con él se compara D. Magdaleno, diciendo que lo tomó como ejemplo en lo que se refiere al trabajo y aplicación y hace esta emocionada revelación: «no hice la fortuna que él porque en esta profesión de Médico y ejerciendo en un pueblo no pueden hacerse fortunas, pero cuando me establecí en mi pueblo hube de pedir dinero para principiar a ejercer a una tía de mi madre, llamada Francisca, madre de los primos Isidoro, Cirilo y Trinidad. Se refiere a los Paniaguas, conocidos por los Olivas, no los Quínicas, que eran Negrillo de segundo apellido, ese dinero era para comer y a Josito el padre, 50 duros para instrumentos que me hacían falta para dos operaciones que me salieron. Y en mi profesión he ganado más de lo necesario para vivir y ahorrar para la vejez. Ya se encontrará a mi muerte, dice satisfecho, alguna nota que diga mis ingresos durante los 34 años que ejercí la profesión en mi pueblo. Y agrega como a hurtadillas y entre admiraciones: ¡pasan de los ochenta mil duros los ingresos que percibí!. Y luego añade: ¡Cuántos disgustos, lo mismo de día que de noche, en invierno que en verano, siempre trabajando en esta profesión de Médico, en la que nadie aprecia el mérito de la oscura y continua labor».

Más de ochenta mil duros en 34 años de ejercicio, es decir, mil pesetas mensuales en números redondos. De ellos juntó algo menos de la mitad en papel

del Estado, se hizo la casa y el panteón, el caballo y la tartana, la sortija y el alfiler y se puede deducir que no gastó para vivir, cubriendo todas las necesidades de su existencia completa, ni veinte mil duros. ¡Y se consideró fanfarrón algunas veces!. Con esa aplicación vivían la mayoría de los alcazareños entonces.

D. Magdaleno conoció a su tío Patricio ya muy anciano, cuando fué a Madrid por primera vez el año 1882. Falleció y cuando acabó la carrera fué a despedirse de su viuda, llamada Carmen y le regaló la primera mesa de despacho que tuvo su tío, la que usó en las Salesas siempre y que es la que ha tenido D. Magdaleno toda la vida, desde que se estableció el año 1896, con un papel pegado en el tablero, junto a una pata, con el nombre y apellidos de Patricio y una cuartilla escrita por el sobrino y pegada en el fondo de uno de los cajones centrales, dedicándole su recuerdo.

La madre de D. Magdaleno falleció en la casilla 57 a los 28 años de edad, a consecuencia de una hemorragia, cinco horas después de haber dado a luz una niña. Conmovido, dice D. Magdaleno: «no la conocí, pues aunque tenía 6 años, nunca había salido de con la abuela; murió como un perro, en medio del campo, en un desierto, sin tener siquiera asistencia médica. Tenía de ella como único recuerdo un poco de pelo que le cortó su padre antes de sepultarla.

A su padre le considera ejemplar como padre y como hombre, aplicado y de buen criterio.

A pesar de estar delicado del pecho, viendo que sus padres eran pobres y tenían ocho hijos, no encontrando colocación en el pueblo, cuando Patricio se fué a Madrid, él se fué a Despeñaperros a trabajar en la vía, teniendo 20 años. Fué auxiliar de obrero, guarda de día, capataz en Vilches y el año 80 asentador en la sección de Madrid a Guadalajara. Fué mi padre, dice, un carácter duro, entero, pero sin violencias ni alardes y con fama de mal genio, como me sucede a mí. El nos inculcó el respeto a los mayores, la consideración a la familia y el amor al trabajo y a la aplicación, que es lo que enaltece al hombre.

La escolaridad de D. Magdaleno fué de las voluntarias, sin haber quien se interesara por él. Hizo el bachillerato con D. Felipe Arroyo y cuando lo termi-

nó le dijo: «anda con Dios Magdaleno, no dejes de ser aplicado, que no he visto ningún caso como el tuyo, que en los cinco años de colegio no haya venido nadie de tu familia ni de fuera a interesarse por tí».

Fué médico por la relación con su amigo Jesusillo Sánchez-Mateos, recordado en esta obra, hermano de Bernardo el Sacristán. Hizo la carrera en el ambiente del Hospital General, ya citado al hacer su semblanza.

Cuenta que no se estableció en buenas condiciones, porque había cinco médicos más, muy acreditados, pero que por su afición a la cirugía hizo algunas cosas con buen resultado y logró tener pronto buena clientela y empezar sus ahorros para la vejez, en la que él reconoce que se necesitan y echa mucho de menos, «cariños, ternuras y afectos de los que yo carezco en absoluto», dice.

Este escrito tiene cincuenta cuartillas de letra apretada y en él anuncia otros cuadernos que no sabemos si fueron escritos, aunque sería igual, porque en realidad en este primero, no dejó por decir nada de lo que se proponía y le sobró mucho papel. El propósito fué pequeño y el autor resultó más empujado todavía. No parece él o él no era lo que parecía. El documento produce hondo pesar al ver a un hombre que pudo ser eminente absorbido y pendiente de las más pobres miserias que engendra el espíritu aldeano. ¡Qué lástima

de hombre, perdido por no tener a su lado la persona avisada que le hiciera ver que le convenía seguir pasando necesidad sin apartarse de la fuente de la sabiduría que tuvo a su lado!

La mezquindad a que se redujo su vida no quita valor a lo que pudo ser, a las condiciones que tenía, aunque se perdieran disueltas en el ambiente pueblerino y esas condiciones son las que se deben seguir admirando y exponiendo como ejemplo.

Debe agregarse que en los treinta y cuatro años que fué médico titular no pidió ninguna licencia ni hizo ningún viaje de recreo, cosa que lamentaba al percibir los desvíos en su decadencia. Antes, con la borracherilla del triunfo, no lo pudo prever.

Para el médico, decía, no hay descanso dominical ni ley de accidentes del trabajo. No lo decía a humo de pajas, porque él, que asistió todas las epidemias de su tiempo, tuvo varios percances infecciosos y no tuvo buena salud nunca, pese a su coraje.

Ahora que han recordado la vida del Hospital General D. Angel Pulido Martín y D. Eugenio Díaz Gómez, con su maestría insuperable, se ve más clara la honda huella que los maestros al estilo de D. Enrique Isla,—leones con alma de niño,—dejaron en D. Magdaleno, hecho a su imagen y semejanza y como ellos noble, brutal y fantástico.

SUCEDIDO

FACO Rincón, en los días buenos en que hasta él se encontraba despejado, sacaba una silla a la puerta de la Estación.

No sabía leer y trocaba la vista bastante hacia fuera y Caguillo le dejaba la pransa para enterarse, pero se la ponía vuelta y los consumistas, el portero e Ignacio Perra, que también escondía un poco un ojo, como les pasa a la mayoría de los Perras, se lo decían burlonamente: «Faco, que tienes las letras boca abajo». Y Faco montaba en cólera enseguida: «Toma, como me las ha puesto el borracho de José María». Y arrojaba el papel entrándose en su casa. Pero se le pasaba pronto y salía al momento con algunas de aquellas ideas deslumbrantes que le caracterizaban, como cuando le hizo la Joaquina las gachas sin pimentón y para que no careciera nunca de él, sembró un kilo en las regueras del Paseo, con la seguridad de una cosecha abundante.



Estudiantina

ESTA de las cucharas fué una gran estudiantina, en los buenos tiempos de la Pascua alcazareña, que las tuvo de primera y muy numerosas. Corresponde al año 1922 y está retratada en el corral del Cine Ideal, que tenía Ayuso, figurando en ella varios de los que participaron más en estas agrupaciones y otros, como Emilio el Churrero, que ya desde chicos demostraron la afición que habría de durarles toda la vida.

De arriba a abajo y de izquierda a derecha, están en el grupo los siguientes:

PRIMERA FILA:

- 1.^a cuchara: Sebastián Logroño, el promotor de la estudiantina.
- 2.^a de paisano, Emilio Román, el Perro, Delante de él, un chico: Andrés Bonís.
- 2.^a cuchara: Victorino Giménez, yerno de Pepe el de las Aguas.
- 3.^a cuchara: Benito Huertas, el hermano del Cojo de la Carne.
- 4.^a cuchara: Evangerio Lozano, el hijo de Nieves.
- 5.^a cuchara: sin identificar.
- 6.^a cuchara: Antonio Tejado; Antonio el Barbero, el Económico, que hablada sin mover las mandíbulas, con los dientes encajados y separando solamente los labios.
- 7.^a cuchara: con la bandera, Clemente, el de Plinio el Sastre.
- 8.^a cuchara: Caraco, Manuel Molina, con la guitarra.
- 9.^a cuchara: Argimiro Cortés, el de la Carmen de Bocera.
- 10.^a Máximo Muñoz, el barbero. Detrás de él, su padre.

- 11.^a Andrés Pachurro.
- 12.^a De paisano, Primitivo, el del Arpa.
- 13.^a Antonio Paniagua Cabezas, el de Oliva el tonelero, yerno del Angel de Borrego.
- 14.^a De paisano, Luis Román, el Perro.

SEGUNDA FILA:

- 1.^a Carlos Román Guillén, el de Gallinas
- 2.^a Francisco Ortiz, el del Lobo, que creyéndolo muerto en la guerra le llevaron luto, viviendo después, herido de metralla y muriendo a los 10 o 12 años
- 3.^a Eulalio Lizano, el de Manuel el Cabrero.
- 4.^a Julián Román, el Perro, cuñado de la ciega de Choza.
- 5.^a Urbán, Teodoro Tejado.
- 6.^a Isidro el Cabrero: Isidro Ortega, el que fué cobrador del Banco.
- 7.^a Tinguilangue: Teodoro Carpio.
- 8.^a Eugenio el Barbero: Eugenio Arias.
- 9.^a Luciano Vela, el de la Jara del Tocino.
- 10.^a Emilio el Churrero: Emilio Rodríguez, el hijo de Sacramento y sobrino de Santitos.
- 11.^a Carlitos: Carlos Coronado.
- 12.^a Heliodoro Rivas, el barbero.
- 13.^a Eusebio Peinado, el barbero.
- 14.^a El chiquitín de la boinilla y la corbata, sin identificar.

TERCERA FILA: Chicas.

- 1.^a Isabel Rubio, la del peón caminero.
- 2.^a Juliana Abengózar Romero, ya fallecida.
- 3.^a Carmen Lozano Tajuelo, de Tajuelo el Manco.
- 4.^a Teófila Leal Lozano, la de Fritas.
- 5.^a Gerarda Morollón, fallecida.

- 6.^a Matilde Morollón Alcañiz, la del Tuerto el Huevo.
- 7.^a Margarita Ortega Morollón, la de Godoño.
- 8.^a Vicenta Arias Coronado, la de Eugenio el Barbero.
- 9.^a Herminia García-Chicote, la de la Carrasola, cuñada de la del Cuco y de la de Tinguilangue.
- 10.^a Adora Mazuecos Lizcano, la de Potrilla.
- 11.^a Santiago Ramos Ortega, la del Repo.
- 12.^a Terenciana Redondo Ortega, la del Zarcero de la Placeta de las Medallas.
- 13.^a Marcela Arias Coronado, de Eugenio el barbero.

Los músicos lo pasaban bien y la solfa no iba mal, sobre todo para los más aficionados que tomaban parte en todas las agrupaciones filarmónicas, fuera de las estudiantinas, en las que no solían figurar los maestros del arte, pero tanto en unas como en otras no faltaban la broma y el pisolabis.

Isidro el cabrero, le decía al Angel de Boloto:

—¡Lo que te gusta el aceite, Angel!

—¡Y tú lo escupes, le contestaba el Boloto.

¡Porque ninguno le hacía guiños al alíste!

Una vez fueron a tocar a Los Arenales y al salir del baile, un poco mareados por el humo del ambigú, y saltar la

paireta de la Iglesia, se cayó el Boloto y el violín fué a parar a gran distancia.

La gente se aglomeró a ver lo que le había pasado al músico, pero Isidro, con la tranquilidad habitual y para calmar los ánimos, exclamó:

—No, si no pasa nada; es que es titiritero y va ensayando para mañana!

La estudiantina, los días 27 y 28, cuando ya la Pascua había dado el «apretón», se dedicaba a visitar a los amigos de la música y estando en casa de Pedro Advíncula, notó Sebastián Logroño que no sonaba la guitarra que tenía orilla, a pesar de la fuerza con que rasca-ba sus cuerdas Marcelo Sábana.

—¿Qué le pasa a la guitarra que no suena, Marcelo?

—¡Nal. Es que va llena de «alman-tecaos».

Eran los venturosos tiempos del buen humor, de la alegría sin reservas, de las simpatías generales, de la broma bonachona, de buen fondo, que da y aguanta con la misma naturalidad y que sobresalió en nuestra Pascua como uno de los rasgos de que más podía enorgullecerse nuestro pueblo. Un mes antes ya estaban los «estudiantes» reunidos en algún pajar o cámara vacíos, para ensayar por las noches, y, el día 25 a la calle, a saltar charcos, pisando barro o nieve, subiéndose a los balcones y ventanas a pedir el aguinaldo con la pandereta, locos de contentos por agrandar a la gente y por llevarse detrás, arrastrados por los acordes del pasacalle, a todos los chicos y los grandes que encontraban a su paso.

¡Qué Pascuas aquellas!

SUCEDIDO

FACO Ricón le pidió dineros a Crescencio Barrilero, para ir a por mulas, a la feria de Villacañas.

Compró catorce o diez y seis y fué a enseñarselas a Crescencio, el cual se sorprendió bastante del pelaje; pero Facó lo justificó, por el importe total de la partida: unos diez y nueve duros.

Ya, antes de ir, había vendido una bestia y estando en el corral de Crescencio, llegó el comprador protestando, porque el borrico no tenía lengua y le había tenido que dar agua con un embudo.

Facó, replicó decidido.

—¿Pues qué quieres, que te dé por cinco duros un abogado?



Carteros de antano

EN el fascículo VII se publicó una semblanza de Juan el Carmelo, con gran extrañeza por el atuendo con que aparecía el amigo, pensando que hasta podría ser una broma de quien no hizo nada en serio, el aparecer tan majo.

El hallazgo de la fotografía que ahora se reproduce lo aclara todo, permitiendo la formación de hipótesis razonables. Juan se hizo aquel retrato el mismo día que este. Se debió encontrar tan bien que decidió hacerse otro retrato para él solo y es casi seguro que el motivo de la fotografía fuera el haberse puesto por primera vez el uniforme los carteros, como también lo es que nunca más se les vió tan pulidos, ni después ni antes, de corbata de lazo, camisa almidonada y traje tan vistoso que les daría pena estropearlo, y solo llevaban la gorra y no siempre.

En este grupo está completa la estafeta de aquel tiempo.

Sentado en el centro, con su barriguita y su barbita, Peitavi,—Don Manuel,—el Jefe. El niño es su hijo Luis, conocido de todos y los de los lados dos oficiales de los muchos que han ido y venido por aquí, sin fijeza en la localidad. Los demás son nuestros carteros antiguos: sentado a la izquierda, Antonio López, el de la Balbina, y a la derecha, Juan Serrano, el Carmelo o Mentirola.

De pie, de izquierda a derecha, Tomás Monge e Higinio Fernández, ayudantes de aquella época; Polonio Quintanilla,

Bernardo Sánchez-Mateos, Bernardo el Cartero y Quiterio, Francisco Panadero, conocido por Quiterio por haber nacido el día de Santa Quiteria. Paco Aranda, el escribiente de la Bodega del Marqués, con la gorra de bisera de celuloide, que se estilaba entonces. ¿Por qué estaría Paco en esta fotografía?

No estaba Juan el Carmelo solo en la estafeta para urdir bolas y repartir a diario, con las esperadas cartas, raudales de ingenio y buen humor, dejando en nuestras calles una estela de alegría sana en su recorrido mañanero. Todos ellos, cual más cual menos, echaban su cuarto a espadas, pero después de Juan, Polonio Quintanilla y Quiterio eran los más calificados por las camarillas bullangueras.

Al recoger, que no al repartir, le sobrevino la muerte a Quintanilla.

Al llegar al estanco de la Clotilde, anochecido y de seguro que hablando fuerte y gastando bromas, le dió una congestión y cuando lo llevaron a su casa ya era cadáver. De seguro que se quedaría sorprendido y asombrado. ¡Qué cosas pasan, Señor! ¡Y cómo estiraría los ojos Quiterio!, pero, ¡qué caramba! por eso no dejarían de «subirlo al Cielo» para que Polonio, que tantas veces había ayudado a alumbrar el camino a los amigos que partían, no se llevara la pena de encontrarse solo en ese trance. Y de seguro que si tropezó con algo, no sería porque le faltara la ayuda de los amigos y del vecindario entero que, todavía, ya se ve, todavía le recuerda con agrado, como a todos sus compañeros de estafeta.

DEL DICHO AL HECHO

Cierto novio le hizo reiteradas promesas a su prometida de hacerla astillas en cuanto la pillara y se lo repetía a diario.

El día de la boda cogió una carpanta regular y cuando terminó todo y los llevaron a acostar, se sentó en una silla y empezó a roncar como un bendito, hasta el día siguiente que, al despertarse, le preguntó a la esposa, que había pasado la noche en otro rincón, si no había ido la madrina con el chocolate. La muchacha le dijo:

—No, porque como no has hecho astillas, no ha podido hacer el chocolate.

INTERES EFECTIVO

Engañar, desorientar o simplemente enfriar, decepcionar a las personas que confían en él, es el peor negocio que puede hacer cualquier hombre, y acaba costándole siempre más sacrificio y más sufrimiento que le hubiera supuesto el corriente cumplimiento de su palabra y compromisos y en cuanto a perder dinero, el desnivel es siempre mayúsculo.

EL DERECHO ES EL DERECHO

Cuando la Sira dejó ya a la Clementa en la tienda del Paseo, solía ir Pelecha a pedir para el aguardiente, que le tiraba.

Cándido Villajos, salía un poco al sol y estando él, José Rufao y Gabriel Mata una mañana por allí, se presentó Maximino diciéndole a la Clementa, que a ver si le daba un poco pan para los chicos.

Entonces se repesaba mucho el pan, porque no faltaba quien le mordiera antes de cocerlo, y la Clementa tenía en un cajón dos piezas que estaban faltas y le dió una.

Maximino al tomarla, exclamó:

—¡Qué pan tan chiquitillo!. ¡Parece mentira que consientan esto!.

La Clementa echó mano al cajón y le dió el otro, pero Maximino siguió asombrándose de la pequeñez, tanto, que la Clementa le dijo:

—¡Pues llévalos al repeso!.

Pelecha, más tieso que un ajo y con aquella blusilla de a cuarta, salió corriendo y al llegar al Ayuntamiento, preguntó:

—¿Dónde está el Alcalde?. ¿Dónde está el Alcalde?.

Lo era Paco Quinica, que con su campechanía lo recibió en el acto y le preguntó dónde los había comprado. Pelecha se quedó perplejo y exclamó:

—¡Pues eso es, que no los he comprado!.

—Entonces, ¿de qué te quejas?.

Y subió al Casino para enterarse de lo sucedido, promovándose con este motivo un momento de algazara en la tertulieja mañanera del cuarto de la Sira.



CASTELLANOS. TERC. DUC. ALAZAR

Depósito Legal C. R. 83-1961

N.º de Registro M. 3053-61